

Editorial **APAS**

ediciones
BIBLIOTECA
FILMS

SERIE ESPECIAL



Jorge **NEGRETE**

M^{ra} Elena **MARQUES**

ASI SE QUIERE EN JALISCO

11.11.11

11.11.11

11.11.11

11.11.11

11.11.11

11.11.11

11.11.11

11.11.11

11.11.11

11.11.11

11.11.11

11.11.11

11.11.11

11.11.11

11.11.11

11.11.11



ASI SE QUIERE
EN JALISCO

ARTIST DE-PICTA BELLIO
VICTORIA DE JALISCO
BACOLONGA



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

Apartado 707 - BARCELONA - Teléfono 70657
Valencia, 234 - Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería
Barbá, 16, Barcelona - Terresa, 4, Madrid

EDITORIAL

"ALAS"

AÑO XX

SERIE ESPECIAL

NUM. 95

NUM. 354

ASI SE QUIERE EN JALISCO

Si el amor en Méjico es tal como lo muestran Lupe y Juan Ramón, es algo encantador, porque allí, cuando una mujer ama, no hay ofrenda de dinero ni mejoramiento de posición social que la haga vacilar, pues prefiere morir por el charro que adora antes que sucumbir a la presión de un malvado, aunque éste pueda cubrirla de alhajas y oro.

EXCLUSIVAS

MADRID

Avda. José Antonio, 65, 2.º



FLORALVA

BARCELONA

Calle Mallorca, 284, pral.

PRINCIPALES INTERPRETES

Jorge Negrete
María Elena Márquez
Carlos López Montezuma
Florencio Castillo
Dolores Camarillo
Eduardo Arozamena
Antonio R. Frausto
Lupe Yucán
Concha Gentil Arcos
Mariachi Marmolejo; y el
Trío «Los Plateados»

Director:

Fernando de Fuentes

**Narración literaria por
Marcos Estrada**



EXCLUSIVAS

MADRID

Avda. José Antonio, 25. 1.º

ASI SE QUIERE EN JALISCO

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELICULA

UN RUMOR ALARMANTE

NO hay novela, historia o narración sobre Méjico que no ofrezca un personaje como el don Luis de esta historia al que el lector tendrá ocasión de conocer a fondo a través de estas líneas.

Don Luis era el hacendado, el hombre rico, el propietario del rancho, que se consideraba no sólo el amo de las casas y de las tierras, sino también de los cuerpos y hasta de las almas de los que calan en sus manos, fuesen obreros, inquilinos, siervos o criados.

Para los tipos como don Luis existía todavía el feudalismo ejercido por él y ninguno de los que le servía era dueño de sus actos y a veces ni de su persona.

En el rancho de don Luis se re-

unían centenares de obreros. Los había casados con sus familias, otros solteros y también habían los inquilinos de algunas casas que rodeaban el rancho a los que, más que a gentes que le pagaban una renta, él trataba como esclavos.

Hombre joven todavía, don Luis se tenía por guapo y el hecho de ser soltero le daba ocasión de ejercer presión sobre los padres de las muchachas casaderas, que veían en el rico propietario el modo de que una de sus hijas pudiera casarse con él y convertirse de la noche a la mañana en dueña del rancho.

A decir verdad, todo giraba alrededor del rancho y su propietario. Era el terror de muchos y contaba con escasas simpatías.

El andaluz Curro, que estaba al

frente de la cooperativa que abastecía el rancho, era un socarrón que había tomado la medida al amo y con sus gracejos e invocaciones a su Sevilla iba trampeando la vida; pero no había podido evitar que la cocinera de don Luis, una cuarentona no muy guapa, se le hubiese metido en el meollo que el andaluz tenía que ser un día su fiel marido.

El mostrador del almacén del andaluz era el centro de Santa Rosa y allí acudían todos con sus chismes y habladurías, que no eran pocas en el rancho de don Luis.

Uno de los inquilinos de don Luis era el ya anciano don Pancho, casado y con una sola hija, Lupe, la verdadera estrella del rancho. Las miradas de don Luis se habían detenido muchas veces sobre la gentil muchacha y ésta no se había dado cuenta de ello porque estaba enamorada y prometida con Juan Ramón, el mozo más apuesto y simpático de cuantos trabajaban en el rancho.

En su pajolera vida había trabajado don Pancho, siendo agraciado, además de su gandulería, con la afición al vino y aun de algún otro vicio que le había llevado a mal traer y le tenía arruinado. Don Pancho había procurado disimular a su mujer y a su hija el verdadero estado de su hacienda, pero llegó un momento en que no pudo más y anun-

ció a su esposa sus planes de abandonar el rancho para trasladarse al pueblo de Pepa, donde la vida seguramente les sería más fácil.

La noticia de la posible ausencia de don Pancho y los suyos corrió como reguero de pólvora por todo el rancho y el viejo cantante, un anciano trovador de blancas barbas, cuya lengua corría mucho más que sus piernas, estaba informado a un grupito de lo que se acababa de enterar. Las miradas y comentarios en voz baja eran muchos, hasta que uno, con ganas de armar bollo, dijo al anciano:

—Echele un quinto al piano, viejo.

Hizo el trovador como si no hubiese oído y continuó hablando a los que tenía más cerca, pero al fin exclamó en voz alta para que le oyeran los que estaban más lejos de la fuente.

—¡Noticia fresca!

Acarició la vieja cítara para dar la noticia cantando, y después de haber arrancado unas notas al instrumento, empezó a cantar con voz gangosa:

La Lupe se va del rancho...
Del rancho se va la Lupe,
Porque su padre don Pancho.
Don Pancho se va del rancho...

ASI SE QUIERE EN JALISCO

Con él se va doña Pepa
Y todos ellos se van.
De buena fuente lo supe...
Y todos ellos están...
Por nuestra chulita Lupe...
¡La Lupe que se nos va...!

Aunque dada con música y cantada, dejó consternados a todos los chismosos que escuchaban.

—¡Vaya mala noticia!—comentó uno.

—El año ha sido malo para todos—dijo otro.

—¡Hay qué ver! ¡Marcharse don Pancho!

—Así lo diagnostica el facultativo.

Entre los que habían oído estaba Chía Benítez, la cocinera de don Luis, la ferviente admiradora del andaluz, al que ella llamaba don Curro. Sabida la noticia se retiró Chía para ir al mostrador y comentar la noticia del día.

En el pueblo de Santa Rosa no ocurrían grandes cosas y la posible marcha de don Pancho y su familia era algo que merecía más de un comentario.

Algunos de los que oyeron la copia creyeron que podría tratarse de una de las bromitas del viejo y no le hicieron gran caso, pero como continuara con machacona insisten-

cia, pronto se dió por oficial la noticia del viaje de don Pancho.

Chía llegó al almacén y se sentó detrás del mostrador.

—Buenas tardes, Curro.

—Buenas tardes le dé Dios—contestó Curro con su singular gracejo y dando una mirada recelosa a su visitante.

—¿Ya sabe la noticia?—insinuó Chía poniendo un semblante misterioso y correspondiendo a su mirada.

—¿De qué se trata?

—¿De veras no lo sabe?

—¿Qué voy a saber yo, probre de mí, que nunca abandono este mostrador?

—Pues... ¡que se marcha Lupita!

—No es posible—contestó el andaluz muy serio—, les he estado viendo hoy mismo.

—Pues es cosa resuelta. Marcha con sus padrecitos a buscar trabajo en Pepa.

—¿Don Pancho a buscar trabajo? ¡En su vida ha hecho nada!

—Están cargados de deudas, Curro.

—Esto lo saben hasta los perros.

—Pero los perros no se les pagan.

—Y... ¿qué harán en Pepa?

—Don Pancho, lo mismo que aquí...

—¡Nada!

—... y quien tendrá que traba-

jar será la pobrecita Lupe y su mamá doña Pepa.

El almacén se iba animando con gentes que entraban y se paraban a escuchar la conversación entre Curro y Chía porque ya sabía de lo que se trataba y les interesaba en gran manera.

Al poco rato se abrió paso entre todos un apuesto charro, una de las manos del rancho. Era Juan Ramón, el novio de Lupe.

Curro le miró de reojo y le preguntó:

—Bueno, bueno... Juan Ramón. ¿Ya sabe la noticia?

—¿De qué estáis hablando?—preguntó el joven un poco alarmado.

—Pues que se va Lupita.

—No—contestó el muchacho, y Curro continuó:

—Yo, en tu lugar, no la dejaba ir.

—Pero... es que Lupe no va a ninguna parte—dijo Juan Ramón.

—Ya lo creo que se marcha—dijo uno.

—Lo mismo que su padre y su madre—insistió Curro.

—No sé nada de esto—dijo el novio—y hablé con ella ayer tarde.

—Pues lo mejor será que lo averigües, porque los rumores parece que son ciertos—dijo Curro.

No era éste el primer rumor que llegaba a oídos de Juan Ramón, pues durante todo el día no había oído hablar de otra cosa, pero era tanta la indignación que sentía, que volviéndose airadamente hacia Curro exclamó:

—Si resulta puro chisme todo lo que vos estáis diciéndo, os juro que os arrepentiréis de haber hablado. Se me está revolviendo la sangre al escuchar tantas sandeces.

Salió Juan Ramón del almacén hecho una furia dirigiéndose al campo en busca de su Lupe, para oír de sus propios labios la noticia de su ausencia que sólo había llegado a él por vía de chismosos y habladores.

ASI SE QUIERE EN JALISCO

LOS VIEJOS

EN casa de don Pancho Rosales hacía ya mucho tiempo que las cosas no andaban como debían de haber andado, porque el buen señor tenía todos los vicios imaginables sin ninguna cualidad para hacer contrapeso y, por encima de todo, era un gran gandul.

La noticia de la marcha también había alcanzado a su hija, pero no por él directamente, ya que le faltaba valor para enfrentarse con la muchacha. Deseosa Lupe de enterarse de la verdad se dirigió a su casa, donde halló a su padre sentado en una mecedora abanicándose, mientras doña Pepa arreglaba el equipaje.

—¡Padre! ¿A qué viene todo es-

to?—preguntó Lupe señalando las maletas en que doña Pepa estaba trabajando.

La pregunta era de las que no podían esquivarse y don Pancho no sabía qué decir ni se atrevía a mirar a su hija. Esta permanecía en pie mirándole y esperando una contestación categórica. El abanico del padre no paraba un instante, porque le servía para taparse la cara.

—Estoy enfermo, mi querida Lupe, y he decidido marchar de aquí. Marcharnos todos.

—Todo cuanto sucede es culpa tuya, papá—dijo la joven muy seria mirando al autor de sus días.

La madre, que opinaba igual que su hija, aprovechó las palabras que acababa de oír para pronunciar al-

gunas por su cuenta. Dejó de trabajar con las maletas y encarándose con su marido le dijo:

—Tiene razón Lupe, en tu vida has trabajado. De haber sido un hombre laborioso como otros, hoy nuestra posición sería muy otra.

—¿Padre, no te da pena tener que abandonar todo esto?—preguntó Lupe señalando con la mano cuanto les rodeaba.

—Hija mía, yo he hecho cuanto he podido...

—Sí, para arruinarnos—agregó la mujer.

—Puesto que se trata de trabajar—dijo Lupe—, podríamos trabajar aquí mismo, en Santa Rosa.

—He oído decir que en la casa grande buscan ama de llaves—observó doña Pepa.

Al oír esto don Pancho quiso imponer su opinión. Abandonó la mecedora y el abanico. Puesto en pie, exclamó:

—He resuelto marcharnos y hemos de marcharnos. No voy ahora a variar de opinión. Continúa arreglando los equipajes y saldremos mañana mismo.

Lupe quedó pensativa y las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Voy a salir un instante y regresaré para ayudar a arreglar todo lo que haga falta.

Doña Pepa miró a su hija al salir, y viendo lo apenada que estaba, en cuanto hubo desaparecido de la habitación, volvió a dirigirse al vago de su esposo.

—¿No te da pena ver que ahora nuestra Lupita tiene que abandonar lo todo? ¡Sus amigas, su pueblo natal y también a Juan Ramón! Dejarlo todo, todo, para seguirte a ti.

—La vida es así, mi querida Pepa—contestó don Pancho, de nuevo instalado en la mecedora abanico en mano.

UNA DESPEDIDA

LUPE salió de su casa, emprendió el camino real y a los pocos pasos encontró a Juan Ramón que la estaba esperando para su habitual paseo. Como que había tardado un poco más que de costumbre, el novio se había sentado en los barrotes de un portillo que daba acceso al prado.

Al verla llegar saltó de su asiento y, cogiéndola por ambas manos, le preguntó alarmado:

—Lupe, mi chula, ¿es verdad lo que se dice?

—Sí, Juan Ramón; mi padre está arruinado y no tenemos más remedio que abandonarlo todo y dejar Santa Rosa.

Juan Ramón se comía a Lupe con los ojos, y al verla llorar secó las lá-

grimas con su pañuelo mientras le preguntaba:

—¿Pero no puedes dejarme así?

—No te dejes, mi amor—contestó rápidamente Lupe acercándose a su novio y mirándole con ternura.

El la cogió por la mano.

—Siéntate a mi lado y dime que me quieres y que no me olvidarás.

—¿Cómo podría olvidarte, si para mí no hay otro hombre en el mundo?

Mientras Lupe y Juan Ramón se juraban fidelidad sentados en el portillo, Marcial, otro empleado del rancho y a la vez el esbirro de don Luis, daba cuenta a éste de los rumores que circulaban acerca la proyectada marcha de don Pancho y su familia.

—¿Pero es seguro que se marchan?

—Sí, sí, puede usted estar seguro de ello, don Luis, me consta que están arreglando todas sus cosas para salir mañana mismo, y si a usted le interesa Lupe, no puede perder el tiempo.

—Sí, sí, esa muchacha me tiene loco.

—Pues debe usted despachar a Juan Ramón si quiere conquistar a Lupe, porque mientras él ande con ella usted no conseguirá nada.

—No quiero despachar a Juan Ramón; es un buen ranchero.

Marcial era el tipo perfecto de esbirro a las órdenes de un amo sin escrúpulos, porque aquél ponía palabras a los viles pensamientos que él hacía días que meditaba.

—Don Luis, con dinero todo se arregla. Lo primerito que hay que hacer es sacar a Juan Ramón de Santa Rosa y para eso no es necesario despacharle, mi amo... se le busca un empleo en cualquier otra parte. Luego se consigue que don Pancho desista de su marcha. Al no marchar el padre no marcha Lupita. ¿Me comprende, manito?

Hizo Marcial una serie de movimientos con las manos y la cabeza que dejaron un poco perplejo a don Luis.

—¿Qué es lo que quieres decir, Marcial?

—Que si a usted le interesa la

niña, mientras ande rondándola ese zángano de Juan Ramón usted pierde el tiempo.

—Bueno, entendido; ofrécele a Juan Ramón, en mi nombre, un empleo en Pepa con doscientos pesos mensuales y comida.

—Así es como se hacen las cosas, don Luis—contestó el pillo redomado de Marcial.

—De don Pancho me encargo yo—declaró don Luis sonriendo ante lo que consideraba una gran hazaña.

Juan Ramón y Lupe habían emprendido el regreso a casa de esta última, habiéndose parado junto al pozo para prolongar un poco la despedida. Pasaba el tiempo y los dos enamorados no se daban cuenta de ello.

—No comprendo el por qué de esta marcha tan repentina—observó Juan Ramón.

—Papá está viejo y cansado.

—Estará cansado de no hacer nada, porque no sabe lo que es trabajar. Oye, Lupita, se me ocurre una idea. Yo iré también con vosotros a Pepa. Precisamente me hicieron una proposición para ir a cantar allí. Juntaré a mis muchachos, tocaremos y cantaremos y allí encontraré mi porvenir. El patrón me tiene mala voluntad y estando tu ausente todo ha terminado para mí

en Santa Rosa. ¡Iremos juntos a Pepa!

La idea no disgustó a Lupe.

—¿Sí? ¿No te importará dejar el rancho?

—¡No, mi Lupe, mi amor!

Juan Ramón se descubrió, pues iba tocado con el enorme sombrero mejicano, y abrazando a Lupa le dio un beso.

Los novios se separaron y Lupe se dispuso a entrar en su casa, donde poco antes había entrado don Luis.

La visita del amo del rancho obedecía a la conversación que había sostenido con Márcial, y mientras éste buscaba a Juan Ramón para hacerle la extraordinaria oferta, don Luis llevaba a cabo la parte del programa que él se había asignado.

—Acabo de enterarme de que ustedes se van, don Pancho.

—Si, don Luis, no nos queda otro remedio — contestó el viejo, muy compungido.

—¿Qué les aflige? — preguntó con tono simpático.

—Me abruman las deudas y no puedo permanecer más aquí, es preferible que me marche.

Esta declaración era precisamente lo que esperaba ese villano.

—Ustedes no se marchan de Santa Rosa por cuestión semejante. ¿Para qué sirven los amigos? Me di-

cen qué es lo que hace falta y yo se lo presto.

—Don Luis, es usted muy bueno

—dijo la esposa, emocionada ante tanta bondad.

—Nada de eso, se trata de hacer un favor y ustedes no pueden negarme ese gusto.

El matrimonio se miraba extrañado y a una seña de su mujer dijo don Pancho.

—Si estos muebles pueden servir de garantía de su préstamo...

—No hay necesidad, ustedes me pagarán trabajando.

—¡Trabajando! — exclamó don Pancho horrorizado ante tan terrible palabra.

—En casa necesito un ama de llaves.

—Pues desde mañana tiene una — dijo doña Pepa, dispuesta a tomar el empleo que creyó le brindaba don Luis.

—Hay un inconveniente, doña Pepa, tiene usted demasiados años.

—Pues... entonces ¿quién va a trabajar para usted?

—Lupita, la niña.

Don Pancho y su esposa se miraron con recelo; pero como que don Luis ya había dejado los billetes de banco encima de la mesa se les hizo un poco difícil contestar.

—Hablen con Lupe — dijo el amo del rancho — y no creo que ella

tenga ningún inconveniente. Adiós don Pancho, adiós doña Pepa, mañana me darán su contestación.

Más que satisfecho salió don Luis de la casa, convencido de que Lupe aceptaría el empleo para salvar a sus padres de la ruina que les amenazaba y que también a ella envolvía.

Iba don Luis a abrir la puerta del jardincillo para salir cuando apareció Lupita, que en aquel instante acababa de despedirse de Juan Ramón.

—Buenas noches, Lupe.

—Buenas noches, don Luis—contestó la joven sin pararse.

—¿Por qué tanta prisa?

—Nada tengo que platicar con usted, don Luis.

—¿Sabes a lo que vine a tu casa?

—Que voy a saber yo.

—Pues a prestarle a tu padre el dinero que le hacía falta.

—¿Entonces ya no es necesario

que nos marchemos?—preguntó Lupe animándose y pensando en Juan Ramón.

—Yo creo que no.

—Muchas gracias, patrón; pero, dígame, ¿cómo vamos a pagarle?

—Esto lo arreglaremos tú y yo—dijo don Luis mirando a Lupe con marcada impertinencia.

—Está usted echando a perder su buena acción, don Luis—dijo la joven poniéndose muy seria de nuevo y apartándose de aquel hombre cuyas intenciones no podían ser más claras.

—¡Ya nos veremos, Lupe!—dijo marchándose.

Entró Lupe en su casa mucho más apesadumbrada de lo que había salido poco rato antes. Al salir era sólo la pena de tener que abandonar Santa Rosa y a su novio lo que le apenaba y ahora la tenía mucho más inquieta el tener que agradecer al patrón el poder quedarse.

UNA PROPOSICION VILLANA

JUAN Ramón quería tener el caballo disponible para cualquier eventualidad y había ido a casa del herrero para que examinara las herraduras de su alazán por si hacía falta cambiarlas. Cuando ya estaba dispuesto para marcharse vió que en el patio se hallaba Marcial, el confidente de don Luis.

—¿Fisgoneando?—preguntó Juan Ramón.

—Ya sabes que soy tu amigo y de mí sólo puedes esperar cosas buenas.

—¿De veras?

—Oye, Juan Ramón, ¿te gustaría ir a Pepa a una de las fincas del patrón con doscientos pesos mensuales y comida?

La proposición dejó pasmado al

charro, pero viendo que Marcial insistía se puso muy contento.

—De hoy en adelante eres mi amigo, manito—exclamó Juan Ramón encantado—. Voy a ver a Lupe ahora mismo y matrimoniamos mañana a primera hora.

—Esta declaración contrarió a Marcial.

—Oye, Juan Ramón, el patrón me dijo que sería mejor que no pensaras en Lupe. Ella se queda aquí. El patrón ha prestado a su padre el dinero que le hacía falta y no irán a Pepa.

Ahora el sorprendido e indignado fué Juan Ramón.

—¿Cómo has dicho?

No necesitó el ranchero que le repitiera la lección. Le bastó ver la ex-

presión de Marcial para darse cuenta de que él y Lupe eran víctimas de una de las jugadas de don Luis, quien con su dinero intentaba apoderarse de Lupe, el mejor tesoro de Santa Rosa; Lupe, su Lupe.

Sin poderse contener más, Juan Ramón se abalanzó contra aquel tipo y de un certero puñetazo lo hizo caer dentro del abrevadero.

No se entretuvo el enamorado muchacho en ver si se ahogaba o no aquel hombre, y montando su caballo salió al galope de la herrería.

Lupe entró decidida en la habitación donde se hallaban sus padres harto satisfechos.

—¡Hija mía, hija mía, ya no nos vamos a Pepa!—comunicó el padre muy contento.

—Estoy enterada de la solución que se ha hallado a nuestro asunto y no hay otro remedio que devolver ese dinero a don Luis. Me consta con qué intención se lo ha prestado a ustedes y no lo voy a consentir.

Don Pancho bajó la cabeza ante la energía de la hija porque comprendía que le sobraba la razón.

La madre, a quien también había tranquilizado la solución dada al asunto, quiso salvar la situación y medio líprosa, dijo:

—Haremos lo que tú quieras; hi-

jita, mandaremos a tu padre a un asilo de ancianos...

—De ancianas—dijo don Pancho sollozando—, porque yo voy a ir donde tú vayas, Pepa.

Lupe lamentaba la situación en que se hallaban sus padres, pero tampoco quería ser víctima.

—No deben tomarlo así; pero deben comprender que no podemos entregarnos a don Luis por unos pesos.

—¡Ya ves para qué sirven los hijos!—decía el socarrón de Don Pancho.

—Es intolerable—exclamaba Lupe desesperada— que porque ese tipo tiene dinero se crea que debe mandar en casa de los demás.

—Bueno, bueno, devolveremos el dinero—dijo por fin don Pancho recogiendo los billetes que todavía estaban encima la mesa donde los había dejado el patrón.

Ya iré yo a hacer de criada—dijo doña Pepa llorando.

—No mamá, tampoco puedo consentir esto.

Los tres estaban llorando, sin saber qué hacer ni qué decir. Doña Pepa habló la primera.

—Bueno, hija, ¿a ver qué solución nos das?

Lupe sentía pena por sus ancia-

ASI SE QUIERE EN JALISCO

nos padres y temía las intenciones del patrón de la misma manera que sospechaba que Juan Ramón se enojara con ella; pero las lágrimas y suspiros fueron tantos que al fin se

dejó vencer y se resignó a aceptar el puesto de ama de llaves en casa de don Luis durante todo el día, pero retirándose a casa de sus padres por la noche.

OTRA NOTICIA INQUIETANTE

A primera hora de la mañana, cuando Juan Ramón se dirigía al campo, Lupe salió a su encuentro.

—¿Te has enterado de que no marchamos?

—Sí, lo supe por Marcial ayer noche. Le ha prestado dinero a tu padre a cambio de que vayas a servir a su casa. ¡Villano!

—¿Qué podía hacer yo? Mis padres son muy viejos.

—¡No sabes cómo vas a pasarlo con ese chango?—dijo Juan Ramón muy alarmado ante la solución que había forzado a Lupe a pagar las deudas de su padre.

—No temas por mí, porque para mí no hay otro hombre que mi chazo—dijo Lupe mirando a su novio

con tanto cariño que él no tuvo más remedio que corresponderle con un abrazo.

—De todas maneras, Lupe, si se desmanda ese bribón...

—No temas nada porque conmigo no se desmanda nadie, ni don Luis ni ningún hombre de Santa Rosa.

—Lo sé, mi chula Lupe, por esto te quiero tanto. Dame un beso.

El punto de reunión del servicio de Don Luis era el mostrador de Curro y allí nunca faltaba Chía para discutir un rato con el que ella confiaba sería algún día su pretendiente y más tarde su marido.

Era el día siguiente de haber entrado Lupe a formar parte del personal de la casa grande, y Curro ha-

bía dejado escapar su admiración por la nueva ama de llaves a quien ya conocía.

—Esa Lupe es más hermosa que el barrio de Triana—exclamó Curro sin hacer caso a Chia, que le estaba mirando muy sugestivamente.

—¿Triana? ¿Triana? ¿Qué es Triana?—preguntaba la enamorada co-cinera.

—¡Qué ignorancia! —exclamaba Curro poniendo los ojos en blanco—. Pues Triana es más conocida que Cagancho.

—¿Cagancho? ¿Qué nombre es ese?

—¡Mardita zea!

—¿Qué está diciendo?

—Esto es una exclamación. ¡Sevilla, Sevilla, Tierra de Dios y María Santísima! Oye, Chia, ¿dónde está la Lupe?

—Espera a Juan Ramón.

Apenas había dicho estas palabras cuando Lupe penetró en la estancia.

—¿Qué están haciendo aquí?—preguntó Lupe.

—¡Cómo me gusta usted, Lupe! —exclamó el andaluz ante la sorpresa de Chia.

Lupe sonrió distraídamente. Su pensamiento estaba con Juan Ramón y las conversaciones que habían sostenido últimamente.

Curro miró a Lupe y suspirando dijo:

—¡Es mi detalle!

Siguieron los tres hablando de la vida en la casa grande y de repente se abrió la puerta del almacén y entró Juan Ramón. Lupe se alegró al verle, pero comprendiendo el peligro le dijo:

—No deberías venir aquí, Juan Ramón, el patrón no lo quiere.

—Sales muy tarde y he venido para acompañarte y pedirte que vengas a Pepa conmigo.

—No puedo, mis padres no podrían pagar la deuda y yo debo trabajar para rescatarla.

—Yo podré pagarla, no es necesario que tú trabajes aquí.

—No, Juan Ramón, espera un tiempo y luego podré reunirme contigo. No vayas a creer que no te quiera.

—No dudo de ti, mi Lupe, pero me subleva ver que has de trabajar aquí.

—Es sólo para seis meses, entonces ya estará la deuda pagada. Espérame, te lo suplico...

Era inútil resistir a Lupe y Juan Ramón se sometió a su voluntad.

—Tú has ganado, Lupe. Esperaré esos seis meses hasta que hayas cancelado esa maldita deuda contraída por tu padre.

—No te pongas así, te lo suplico, mi padre es un pobre anciano.

—Sí, claro, y tú eres muy buena, mi Lupe.

Marcial que había visto entrar a Juan Ramón al almacén le faltó tiempo para correr a decírselo al patrón, y mientras los dos novios, Curro y Chía se hallaban en el almacén, don Luis se presentó ante los cuatro, que quedaron más que sorprendidos.

Con una mirada quiso el patrón asustarlos a todos, pero Juan Ramón permaneció tranquilo al lado de Lupe aguardando a que aquél hablara. No se hizo esperar la advertencia.

—¡Juan Ramón, ya sabes que no quiero que los rancheros estén en el almacén!—vociferó don Luis.

Sin inmutarse y también sin insolencia, el ranchero le contestó.

—He venido a por mi novia.

La respuesta no hizo más que añadir leña al fuego.

—No es aquí donde has de venir a verla, ya lo sabes.

—Lupe sale muy tarde de la casa grande y mi deber es acompañarla.

—Pues yo no voy a consentir que vengas a ver a tu novia en mi casa, así es que ya te estás retirando, Juan Ramón.

El tono con que don Luis pronunció esas palabras exasperó de tal manera al ranchero que su gusto hubiese sido saltarle al cuello y

darle una tan gran paliza que hubiese permanecido veinte días sin hablar, pero bastó una mirada de Lupe para que Juan Ramón se retirara sin replicar. Finalmente don Luis estaba en su casa y él era uno de sus mozos, lo que no le permitía insolentarse, pues hubiese sido contra sí mismo y contra Lupe que también se hallaba al servicio de aquel tirano.

Chía y Curro habían desaparecido y quedaron solos Lupe y su amo. Ella se dispuso a retirarse, pero él le cerró el paso.

—¿Adónde vas, Lupe?

—No lo sé, don Luis—contestó la muchacha secamente.

Varió de actitud el patrón e intentó hacerse simpático.

—¿No quieres estar sola conmigo?

—¡No!

Lupe contestaba segura, sin la más mínima vacilación.

—¿Te pesa lo que he dicho a Juan Ramón, verdad?

—Lo que me pesa son sus intenciones, don Luis.

La altivez con que replicaba Lupe hacía muy difícil a su patrón el intento de coqueteo que quería iniciar, pero como estaba obstinado en conquistar a la joven se hacía el desentendido cuando ella decía algo que no le agradaba y seguía ade-

ASÍ SE QUIERE EN JALISCO

lante en su táctica, seguro de vencer más tarde o más temprano.

—Lupe— dijo acercándose a la joven—, un hombre es para una mujer, yo puedo ofrecerte todo lo que puedas ambicionar, posición, joyas, ropas, todo, todo y un hombre que sólo vivirá por ti.

Lupe escuchaba impávida una declaración que hacía tiempo temía, por lo que no cogiéndola de sorpresa le permitió permanecer muda ante tamaña insolencia y abuso de confianza.

El silencio de la joven alentó a don Luis y prosiguió en sus proposiciones. Para asegurar más el golpe cometi6 la torpeza de hablar de Juan Ramón.

—Lupe, tu novio, tu Juan Ramón, no tiene donde caer muerto, yo en cambio puedo ofrecerte riquezas, honores; Lupe, mi vida, mi Lupe—y mientras hablaba intenta-

ba apoderarse de las manos de la joven.

Ella se apartó despreciándole y exclam6:

—Es inútil cuanto diga y haga, quiero a Juan Ramón, patrón.

—Para ti no soy patrón, soy Luis, Lupe.

—No, no; para mí es y será siempre el patrón.

Esta conversación, sostenida sin testigos y en la que Lupe se mostr6 valiente y decidida, era suficiente para convencer a cualquiera que no conseguiría nada, pero era tanta la obsesión de don Luis por Lupita que si bien en aquel momento no insistió más, se prometió a sí mismo volver a la carga en cuanto se presentara una nueva ocasión, que seguramente se presentaría y si no él haría que se presentara, por algo era él el amo allí.

EL FESTIVAL DE SANTA ROSA

DURANTE varios días reinó tranquilidad en el rancho. Lupe continuaba con su trabajo sin que el patrón la hubiese molestado de nuevo y todos los días procuraba ver a Juan Ramón cuando entraba o salía del rancho. Las cuatro palabritas que cambiaban eran suficientes para tener con qué pensar durante el día y uno y otro estaba seguro de que se querían cada día más.

Se aproximaba la fiesta de Santa Rosa y el poblado ardía de entusiasmo con los preparativos del gran concurso para elegir reina de la fiesta.

Todas las muchachas jóvenes confiaban en ser elegidas y preparaban sus mejores galas para impresionar a los señores del jurado que debían clasificarlas.

La elección se efectuaba por votos, y como en toda elección, no faltaban los que con más medios intentarían comprar algunos para que saliera reina la joven que patrocinaban.

La fiesta se celebraba en el rancho, que era adornado debidamente, y la capillita se inundaba de flores y luces para presidir la fiesta a la Santa dedicada.

Llegó el día deseado y el desfile de muchachas bonitas era un banquete para los ojos. Fiesta de luz y de color donde el sol animaba los semblantes de los concurrentes que se disponían a pasar un gran día.

No eran solamente las jóvenes las que soñaban con ser elegidas reinas; también Chía, la cocinera, aprovechó la festividad para ves-

tirse con todas sus galas y tomar parte en el gran concurso.

Curro, para quien se peinaba la pobre Chía, cuando la vió llegar al punto donde se celebraría el baile, quedó atónito, porque a decir la verdad aquella mujer parecía un espantapájaros. Repuesto de la primera impresión la miró de arriba abajo y exclamó:

—¡Estás hermosa, pareces la sota de bastos!

—¿La sota de bastos? ¿Quién es?

—preguntó un poco alarmada la hermosa.

—Pues... la carta más bonita de la baraja.

Sonrió tranquila la cocinera y animada por el píropo le preguntó satisfecha:

—¿Vamos a bailar, Curro?

—¡Vamos!—contestó el andaluz, y cogiendo a su presunta novia por el talle pronto se confundieron con la multitud de parejas que ya estaba disfrutando de las primicias de la fiesta.

No faltaba ningún vecino de Santa Rosa y como todo tenía lugar dentro del rancho, don Luis era en realidad el rey de la fiesta. Lucía el traje más bordado que poseía y trataba al pueblo con amabilidad desusada en él. Tenía una palabra amable para todos y una cordial sonrisa para las jóvenes. Confiaba

aquella tarde poder bailar con Lupe y así tendría ocasión de hablarle de su cariño, ya que desde aquella noche no había cambiado ni una sola palabra con la muchacha que le tenía loco.

Un toque de cornetín hizo parar la orquesta y se suplicó silencio.

Uno de los hombres del rancho se puso en pie sobre un tablado y se dirigió a la multitud, que aun cuando ya sabía lo que iba a decir, le escuchaba silenciosamente.

—¡Muchachos! ¡Vamos a escoger la reina de la fiesta! Ya saben todos los presentes cuál es la costumbre. Procederemos a votar para elegir reina de la fiesta a la muchacha más bella del rancho.

Una salva de aplausos acogió las palabras del anunciador y las muchachas empezaron a mirarse unas a otras, a arreglarse el pelo y los pañuelos para ver si la suerte recaía en ellas.

Entre los asistentes a la fiesta se hallaban en calidad casi de autoridades, don Pedro González, jefe de la estación de Santa Rosa, y don Sixto Suárez, maestro de la Escuela Nacional.

Estos dos caballeros presentaban su candidata y tenían mucho interés en que salieran reinas las respectivas patrocinadas.

El hombre que había hablado reanunció su discurso.

—¡Señores! Voy a dar a ustedes los nombres de las señoritas que se presentan y los caballeros que las patrocinan. Don Pedro González presenta a Choni Real, una de las niñas más bonitas de Santa Rosa, ya la conocen ustedes.

Grandes aplausos siguieron a esta manifestación y Choni empezó a sofocarse, lo que la ponía más bonita todavía.

—¡Señores! Don Sixto Suárez presenta a Rufina Villa...

Otra salva de aplausos fué dirigida a Rufina, muy hermosa también.

—¡Muchachos del Rancho! Nuestro compañero Juan Ramón presenta a Lupe Rosales.

Los aplausos fueron ensordecedores al pronunciarse el nombre de Lupe y cuando se vió aparecer la pareja don Luis no pudo reprimir un gesto de contrariedad.

Era necesario disimular y pronto una mueca más que una sonrisa apareció en la faz de don Luis.

—¡Señores, señores! —gritó el anunciador—, se presenta otra señorita, Chia, y se presenta sola.

La risa y las burlas fueron muchas y la pobre Chia, blanco de todas las miradas, buscaba a Curro para que la patrocinara, pero éste procuraba huir de su chiflada adoradora.

Empezaron los preparativos para la votación y entre las mujeres, que también votaban, se les hacía muy difícil ponerse de acuerdo porque no encontraban a ninguna muchacha bastante bonita.

Entre los hombres existía una unanimidad absoluta; todos votaron por Lupe.

No obstante, don Luis, que también estaba interesado en que Lupe saliera elegida reina, no lo confiaba todo a la suerte y ordenó a uno de sus esbirros que comprara votos a razón de un peso por voto. No pasó inadvertida del jefe de estación y del maestro de escuela la villana maniobra y pronto perdieron las pocas esperanzas que habían abrigado de que saliera triunfante una de sus candidatas.

No fueron sólo estos dos los que se apercibieron de la compra de votos, porque en realidad el palurdo que lo llevaba a cabo tenía muy poca discreción; pero como que se trataba de un agente de don Luis, no había nadie que tuviera el valor de decirle que se portaba pésimamente. Las mujeres, enteradas de lo que ocurría, también protestaron, pero en voz baja, porque era tinguado de don Luis lo que se movía.

Cuando ya hubieron votado todos se realizó un escrutinio, se contaron los votos y se dieron a conocer los

ASI SE QUIERE EN JALISCO

resultados que todos los asistentes a la fiesta esperaban con ansiedad.

Sonó de nuevo el cornetín y el mismo hombre que había hablado anteriormente comunicó el resultado de la votación.

—¡Señoras y señores! Vamos a cantar la cantidad de votos con que ha sido favorecida cada una de las concursantes.

Aplaudieron con entusiasmo y la curiosidad estaba pintada en todos los semblantes.

—¡La señorita Chony Real ha obtenido veinticuatro votos.

Sonaron muchos aplausos y reinó de nuevo el silencio en espera de conocer el segundo resultado.

—¡Continuemos, señores! ¡Rufina Villa, once votos!

Aplaudieron con entusiasmo y esperaron porque sabían que faltaba cantar los votos de Lupe.

—Nuestra buena amiga, Chia Benítez ha obtenido cero votos...

La risa y las exclamaciones fueron atronadores.

—¡Alto! ¡Alto! —gritó el anunciador—. ¡Vamos a dar el último resultado! ¡Lupe Rosales, ciento treinta y seis votos!

Al oír este resultado la gente prorrumpió en vítores, aplausos y gritos de entusiasmo.

—¡Viva Lupita! ¡La reina de la fiesta de Santa Rosa! ¡Viva!

—¡Silencio! ¿Están todos conformes?

—¡Sí! ¡Sí!

Los gritos de la multitud dieron a entender que estaba satisfecha del resultado, pues aun cuando se había visto la compra de votos por parte de don Luis, era evidente que aun sin aquellos votos mal adquiridos Lupe era la que tenía más.

El mantenedor de la fiesta no tuvo bastante con aquellos gritos de entusiasmo y dirigiéndose particularmente al maestro de escuela le preguntó:

—¿Está usted conforme, señor maestro?

—Sí, sí—replicó resignadamente el pobre maestro.

¡No se podía luchar con don Luis!

La misma pregunta fué dirigida al jefe de estación, quien dió su conformidad sin replicar.

Apareció Lupe del brazo de Juan Ramón y fué recibida con grandes aplausos por parte de los concurrentes.

Alguien sugirió que cantase algo Juan Ramón, y muchos se sumaron a la petición.

—¡Que cante Juan Ramón! ¡Que cante a su novia!—gritaban.

No se hizo de rogar el ranchero, porque era tanta su satisfacción al tener junto a sí a Lupe, y ésta reina de la fiesta, que estaba deseando

cantar para poner toda el alma en su canción.

Cogió a Lupe por la mano y colocándose en el centro del patio empezaron a cantar a dúo la canción.

BONITA GUADALAJARA

(La Tapatía)

¡Ay qué orgullo tengo de ser de
[Jalisco,
de ser de esta tierra donde las mu-
[eres
nos dan en sus besos, que saben a
[aprisco,
a fresa y a mango todos sus quere-
[res!

Bonita Guadalajara,
pero más la Tapatía,
pues las flores de Jalisco,
vinieron de Andalucía
y las trajo hasta Zapopán
la mera Virgen María,
Bonita Guadalajara,
pero más la Tapatía,
pero más la Tapatía.

¡Aquí no queremos locos ni borra-
[chos,
a los de Jalisco nos gustan entrones,
pero no nos echen ni chichos ni ga-
[chos
y no más pa darles ligeros quemones!
¡Que nos echen machos!

El pueblo coreaba a los dos jóvenes, y la satisfacción era general.

Cuando terminaron de cantar, don Luis se acercó a Lupe.

—Muy bien, Lupita, muy bien, y ahora beba conmigo—dijo ofreciéndole una copa de vino.

—Muchas gracias, don Luis, pero ya sabe usted que nunca bebo.

—Pues ya que no quieres beber, vamos a bailar, ya sabes que el primer baile es siempre para el patrón.

Era realmente esta la costumbre, momento que todo el rato había temido Juan Ramón y que al fin llegó, pero era indispensable aguantar sin decir una palabra.

No pudo, pues, Lupe negar el primer baile a su amo, y abierta de nuevo la danza por don Luis, pronto se lanzaron otras parejas al ruedo y la animación cundió rápidamente.

Chía y Curro, éste habiendo bebido un poco demasiado, figuraban entre los bailarines disfrutando de la fiesta como los mejores.

Las mujeres que ya no estaban en edad para bailar se habían situado alrededor de la pista y hacían los comentarios de consuetud. Se comentaba la forma en que se había realizado la votación, pero acababan por convenir que Lupe era, sin duda, la muchacha más bonita del rancho.

Mientras bailaban, don Luis no perdía el tiempo y procuró introducir tanta conversación como le fué posible.

ASI SE QUIERE EN JALISCO

—¿Estás contenta, muchacha?
—le preguntó sonriente.

—Mucho, don Luis.

—Eres la reina de la fiesta...

—No debe asustarle esto, patrón,
es sólo por unas horas.

Miró don Luis a la muchacha, que era bastante más bajita que él, y poniendo mucha intención en las palabras dijo:

—¡Podrías ser reina toda la vida,
si tú quisieras!...

—¡Oh!—exclamó Lupe en voz
baja, intentando reprimirse.

—De ti depende, Lupe.

—Pues no quiero ser reina.

En aquel instante paró la música y todos los bailarines aplaudieron frenéticamente para que repitieran el baile.

Reanudó la orquesta el baile y don Luis se disponía a seguir bailando con Lupe cuando se acercó Juan Ramón, que estaba esperando el momento para arrancar a Lupe de los brazos de aquel hombre.

—Ahora me toca a mí—dijo Juan Ramón cortésmente, pero muy serio—. Ya cumplimos lo estipulado: la primera pieza para el patrón, pero después con mi novia sólo bailo yo.

En los ojos de Juan Ramón brillaba una lucecita que fué advertida por don Luis y cediendo a Lupe, dijo:

—¡Bailen, bailen! Sólo hice una broma.

—¡Gracias, patrón!—contestó el ranchero, y cogiendo a Lupe en sus brazos se alejaron bailando de donde habían dejado plantado a don Luis.

El semblante del amo en aquel momento era el de un hombre contrariado, pero en cuanto se dió cuenta de que algunos le observaban con curiosidad se dirigió a los que más cerca tenía para entablar conversación y adoptar un aire de indiferencia que estaba muy lejos de sentir. Con la mirada buscaba a Lupe y Juan Ramón, a los que veía entre los bailarines mirándose en los ojos como verdaderos enamorados que eran.

La fiesta continuó, se puso el sol y entró la noche. La luna iluminaba el patio donde todavía se bailaba, se comía y se reía. Muchos habían bebido demasiado, otros ya estaban rendidos por el sueño y los enamorados buscaban sitios solitarios para sus confidencias o para repetir esas dulces tonterías que convierten la tierra en cielo.

Entre estos últimos se encontraban Lupe y Juan Ramón, que se habían situado al pie de un frondoso árbol olvidando todos sus pesares ante la felicidad de aquel momento.

Sentados uno junto al otro era Juan Ramón quien llevaba la voz cantante.

—Lupe, mi amor, tú y yo vamos a ser muy felices...

—Nunca lo he puesto en duda.

—Tendremos nuestra casita y tú saldrás todas las mañanas cuando yo me marche a trabajar, a decirme adiós...

—¡Sí!

—Me darás un beso al despedirme...

—Todos los que quieras.

—...y luego, por las tardes, cuando yo regrese para quedarme ya en casa y estar junto a ti, te encontraré esperándome al doblar el camino, porque el ansia no te dejará esperar dentro de la casita, ¿no, Lupe?

—Sí, mi Juan Ramón.

—Luego... luego, cuando tengamos muchos chamacos...

UNA LLAMADA INOPORTUNA

LUPE y Juan Ramón hubiesen dado la vida para que la felicidad de aquellos instante no se hubiese turbado; pero les pareció oír el rumor de pasos cercanos y dejaron de hablar.

Un mozo del rancho se acercó a ellos.

—Lupe—dijo el mozo—, el patrón dice que entres en la casa.

—¿Adónde ha de ir?—preguntó Juan Ramón.

—El patrón la llama.

—¿A estas horas?—insistió el ranchero empezando a indignarse.

—No te apures—dijo Lupe—, voy a ver qué desea. Tú quédate aquí.

Se levantó Lupe de su asiento en el suelo y con paso ligero y gracioso

corrió hacia la casa. Juan Ramón quedó contemplándola. A su lado se había quedado el hombre que había traído el recado. Llevaba una botella de vino y la ofreció a Juan Ramón.

—Bebe, hombre y no te apures—dijo al desdichado galán.

—¿No quiero beber?

—No seas así, hombre, un trago no estropea nada.

La insistencia del mozo hizo mella en Juan Ramón, y cogiendo la botella bebió un buen trago.

Lupe entró en la habitación donde se encontraba don Luis quien, indudablemente, la esperaba.

Se alegró al verla entrar e hizo un ademán indicándole una silla. La joven permaneció en pie como si no le hubiera entendido.

—Siéntate.

Sentóse Lupe con cierta rigidez.

—¿Usted dirá? Me ha mandado llamar.

—Sí, quería invitarte a beber conmigo.

—Gracias, don Luis, ya le he dicho a la hora del baile que no tengo costumbre de beber nunca.

—No me desaires, muchacha, bebe un poquitín y luego te vas. Yo también quiero beber contigo y brindar por tu salud...

Antes de que Lupe tuviera tiempo de contestar con otra negativa se abrió la puerta y Juan Ramón penetró en la habitación como un rayo.

—¡Me dió en el corazón que aquí había falta yo!

Contrarióse don Luis ante la intromisión y quiso sentar una vez más su autoridad de amo.

—¡Aquí no es tu sitio, Juan Ramón!

—No me cuadro ante usted ahora. Cuando es hora de trabajo y labores está muy bien que me mande, pero en este momento soy tan hombre como usted—gritó Juan Ramón exasperado.

—¡Basta de altanerías, Juan Ramón!—contestó el amo con menos energía de lo que era de esperar.

—¡He venido a buscar a Lupe! ¡Ven conmigo!

Era un momento difícil, pero la

imaginación de víbora de don Luis pronto halló la solución.

—Lupe, si te vas, tus padres tendrán que pagar la deuda, pues de lo contrario me habrán robado el dinero—rugió don Luis.

—¿Es esto una amenaza?—preguntó Juan Ramón.

Hubieron unos instantes de silencio y las lágrimas asomaron a los ojos de Lupe.

—He de quedarme a pagar la deuda, Juan Ramón.

—Ven conmigo, Lupe.

—¿No me tienes confianza?

—¿Vienes o no, Lupe?—preguntó una vez más el novio.

—Debo quedarme, Juan Ramón.

No quiso oír más el ranchero y salió furioso de aquella maldita estancia, cerrando la puerta con un golpe que sacudió toda la casa.

Sonrió satisfecho don Luis al ver desaparecer a Juan Ramón, seguro de haber triunfado sobre su temido rival. Se acercó animado a la joven y en tono insinuante le dijo:

—Lupe, ¿si tú quisieras?

Dió ella un salto hacia atrás y mirándole cara a cara exclamó en voz alta:

—No quiero aguantar ni un solo minuto más este bochorno, entienda que me he quedado para pagar con mi trabajo honrado el maldite dine-

ASI SE QUIERE EN JALISCO

ro que se le debe... y nada más.
¿Entiende?

Por la misma puerta que había salido Juan Ramón salió Lupe, dejando a don Luis bastante desconcertado.

Al día siguiente el viejo trovador de barba blanca cantaba una nueva copla junto a la fuente, que era escuchada con avidez por los chismosos del pueblo.

Lupe, la de don Pancho,
No se fué con Juan Ramón...

Yo no entiendo a las mujeres,
Te traicionan si las quieres
Y te adoran si las dejas.
Juan Ramón quiere a Lupita...
Y ella quiere a don Luis.

Las canciones del viejo, como fruto del chisme local, siempre eran bien recibidas y daban ocasión a toda clase de comentarios, bien que esta vez el anciano andaba equivocado en cuanto a la permanencia de Lupe en el rancho.

—¿Entiende? —preguntó don Luis a don Pancho, que se había quedado a escuchar la canción del viejo trovador.

—No, señor —respondió don Pancho—. Yo no entiendo a las mujeres, pero sé que Lupe se fue con Juan Ramón.

—¿Y usted no le dijo a Lupe que se quedara con usted? —preguntó don Luis.

—No, señor —respondió don Pancho—. Yo no sé nada de eso.

—¿Y usted no le dijo a Lupe que se quedara con usted? —preguntó don Luis.

—No, señor —respondió don Pancho—. Yo no sé nada de eso.

—¿Y usted no le dijo a Lupe que se quedara con usted? —preguntó don Luis.

DOS MARCHAS

DESPECHADO Juan Ramón por la negativa de Lupe a seguirle, decidió marcharse a Pepa aceptando el compromiso de cantar donde había sido solicitado tiempo hacía. Un grupo de guitarristas amigos le siguió con entusiasmo y Juan Ramón quiso así intentar de olvidar a Lupe, de cuyo cariño no dudaba, pero no podía él tolerar que permaneciera en el rancho expuesta a las acechanzas de su patrón.

Con el ánimo muy apenado marchó Juan Ramón, pero creyó que era lo más prudente por su parte y confiaba en que Lupe le mandaría llamar o procuraría reunirse con él. Esta idea le animaba y en su ausencia pensaba todavía más en ella que cuando la tenía cerca.

Mientras tanto los padres de Lupe habían podido reunir la cantidad que debían a un tal Pichardo y don Pancho se dispuso a ir personalmente a cumplir con su acreedor.

Doña Pepa le preparó todo para el viaje, que le tendría unos días ausente y no dejaba de hacerle recomendaciones mientras le preparaba el equipaje.

Una de las cosas que más angustiada la tenía era que su marido se marchara con aquella cantidad de dinero que tanto les había costado reunir y que no fuera a gastárselo con cualquier tontería o resultase víctima de un robo.

—Pancho, mucho cuidado con que no te quiten la plata.

—No temas, mujer. ¿Crees que no sé andar por el mundo?



JORGE NEGRETE

There is no doubt
that in the future
this is a trend.



—Lupe, mi chula, ¿es verdad lo que se dice?



Entre los que habían
oído el romance estaba
Chia, la cocinera.



— ¿No te importará de-
jar el rancho?

En la escena siguiente



De un cenar: pñetazo
lo hizo caer dentro del
abrevadero.



Juan Ramón quería tener
el caballo disponible para
cualquier eventualidad.



¿Qué era Triana? —
preguntaba la enamorada
cocinera.



— ¡Esta hermosa! parece la cara de la tía!

— Lope, un hombre es para una mujer, yo puedo ofrecerte todo lo que ambiciones: posición, joyas.



—Mi Lupe, pide a la
Virgencita por mí, que
todo me vaya bien.



—En este momento soy
tan hombre como usted.

ASÍ SE QUIERE EN JALISCO



— Don Luis, aquí lo tie-
ne usted.



— Está bien, Marcial, es-
pera un poco.



«¡Los amores en Jalisco...
nada más los rompe Dios!»



— Son bonitas esas bemboras, ¿verdad? —

ASI SE QUIERE EN JALISCO

—Estoy segura que no.

—¡Vamos con las mujeres! Aprisa, hija que he de partir.

—En cuanto llegues a Pepa, te diriges a casa de Pichardo y le pagas el dinero. ¿Entiendes?

—Entiendo.

—No bebas durante el camino... si no fuera por dejar a Lupita sola en Santa Rosa, iba contigo.

—No hay ninguna necesidad. ¿Por qué gastar en viajes inútiles?

—Mucho cuidado con las copas... no bebas una sola copa.

Estos y otros parecidos eran los consejos que doña Pepa daba al vago de su esposo, que esperaba con verdadera ansia el marchar de casa unos días para poder disfrutar a sus anchas. Escuchaba tranquilamente todo cuanto doña Pepa iba diciendo, aunque pensaba atenderla en todo aquello que su voluntad le permitiera.

Vistióse con lo mejor que tenía y tirándose al hombro una manta de colores y a la cabeza el ancho sombrero, partió alegre y satisfecho de su hogar.

—Adiós, Pancho, que regresees en cuanto hayas terminado el negocio.

—¡Adiós, Pepa, que Dios quede contigo!

Partió el anciano hacia la estación y antes de doblar la esquina ya había

olvidado cuanto le recomendará su esposa.

Juan Ramón se encontraba en Pepa desde hacía algunos días, rodeado de sus amigos músicos y actuando en el mejor café de la población.

Su simpática voz había atraído a muchos a oírle y entre las mujeres había despertado gran interés, pero él estaba ajeno a los comentarios que su presencia varonil despertaba entre ellas y apenas las escuchaba cuando algunas veces querían invitarle.

—¿Por qué no viene a mi casa algún día?—le preguntó una.

—Mañana iré—contestó distraídamente Juan Ramón.

—La otra tarde me dijo lo mismo—replicó desengañada la hermosa.

Lupe, en Santa Rosa, añoraba a su amor y, cuando el trabajo no la abrumaba, procuraba consolarse entonando algunas de las canciones que le cantara Juan Ramón en los felices días de su noviazgo.

La distancia que les separaba físicamente no era nada, pues ambos tenían el pensamiento fijo en su amor.

Juan Ramón estaba sentado en una mesa del café observando a los que bailaban. Se le acercó alguna

mujer preguntándole si quería bailar y contestó negativamente.

Cuando cesó el baile fué solicita-

do para que cantara y, colocándose en el centro del salón, pidió a sus músicos que tocaran:

«ASI SE QUIERE EN JALISCO»

Al hablar de mi Jalisco,
al nombrarle, ¡o prorro,
lo primero que ha de hacer,
es tratarlo con respeto,
luego quitarse el sombrero
y después venirlo a ver.
No llegar echando habladas
no querer ser «ninotero»
porque le puede pasar
que se tope a un jalicense
que lo mande remansar.
Que no mire a sus mujeres
con miradas atrevidas,
porque entonces, pues ¡ay, Dios!,
ellas tienen quien las cuide,
quien por ellas da la vida
sin alardes ni temor.
Por acá en Guadalajara
el amor no es cosa rara,
pues para eso es el amor,
pero una hembra cuesta cara
y las de Guadalajara
siempre tienen un fiador.
Así se quiere en Jalisco,
sin receos ni doblez,
se quiere como es debido,
como manda la honradez.
¡Ay de aquel que busca ruido
porque lo halla, sí, señor!

ASÍ SE QUIERE EN JALISCO

Los amores en Jalisco
nada más los rompe Dios;
Las muchachas en Jalisco
cuando dan los corazones
y sus dones, si los dan,
nunca buscan el dinero;
sólo un corazón sincero
que responda por igual.
Dan su amor en sus canciones,
porque llenas de ilusiones,
de ilusiones, siempre están;
y se mueren con orgullo
por el hombre que ya es suyo
y también por su rival.
Así se quiere en Jalisco, etc., etc.
A los hombres de esta tierra
para qué buscarles guerra
y mitote en su querer,
si por sabida se calla
que el que los busca los halla
si la causa es la mujer.
Se hacen bala con cualquiera
y aunque alguna vez perdiera
nunca olvidan su rencor,
pues acá es cosa sagrada
respetar mujer amada
o perder el corazón.
Así se quiere en Jalisco
sin recelos ni doblez,
se quiere como es debido
como manda la honradez.

La agradable voz de Juan Ramón entusiasmó al público, que aplaudió estrepitosamente.

Terminada la canción reanudóse el baile y dos mucháchas jóvenes le invitaron a su mesa.

—Caritas maravillosamente—decía una.

—Nunca habíamos oído voz semejante por aquí — explicaba la otra — y ten por seguro que han venido buenos cantantes.

Juan Ramón las escuchaba con indiferencia pensando en Lupe.

Se acercó a la mesa uno de los músicos, muy alarmado.

—Juan Ramón, allí está don Pancho bebiendo con dos mujeres.

—¡Es posible!—exclamó el joven levantándose rápido y dejando plantadas a sus dos admiradoras.

Corrió hacia el sitio que le había indicado su amigo y, efectivamente, en un reservado y con dos mujeres de la peor ralea imaginable estaba el viejo don Pancho, más bebido que una cuba.

El aspecto repulsivo de las mujeres y la actitud del viejo asqueó a Juan Ramón, quien con un ademán airado hizo salir a ellas del comedorcito.

El estado de embriaguez en que se hallaba don Pancho no le permitió darse cuenta de quién era el que hacía marchar a las dos mujeres que

habían intentado hacerle pasar un buen rato. Juan Ramón tuvo tentaciones de darle con un palo en la cabeza, tanta fué la indignación que sintió. ¡Pensar que su Lupe tenía que trabajar en la casa grande mientras su padre se gastaba el dinero en vicios!

Estos pensamientos cruzaron rápidos por su imaginación, y viendo que el viejo no se movía y le miraba con ojos idiotizados, exclamó:

—Soy Juan Ramón, ¿no me conoce?

Sonrió el anciano al oír que le hablaban, pero continuando el hilo de sus divagaciones replicó:

—Son bonitas esas hembras, ¿verdad?

Juan Ramón se dió cuenta de que sobre la mesa había la cartera de don Pancho completamente vacía.

—¿Le han robado las chingas esas?

Era un poco doloroso para don Pancho contestar a la pregunta, pero al fin se revistió de valor y declaró la verdad a su manera.

—No, no me han robado, me lo bebí y lo jugué a lo macho, no lo bebí en copas, porque Pepa me advirtió que pusiera mucho cuidado con las copas y lo bebí en vasos, ¡ja, ja, ja!

Rió su propia gracia don Pancho y luego inclinó el cuerpo sobre la

mesa como si se dispusiera a dormir.

Juan Ramón sintió verdadero desprecio por aquel tipo cuyos vicios habían convertido a su mujer y a su hija en dos víctimas.

—Coged a este hombre—dijo a sus amigos—y llevadlo a Santa Rosa.

Oyó la orden el borrachín y levantó la cabeza.

—No, no, a Santa Rosa no, me mata Pepa, me mata...

Pero el rancharo fué terminante en sus órdenes y dos hombres se cuidaron de levantarlo y llevárselo.

—Nicanor, no lo sueltes hasta dejarlo en su casa.

No era transportar una paja llevar el cuerpo beodo de don Pancho, tanto más cuanto éste resistía tanto como podía, pero las manos férreas de los rancharos músicos pronto le dominaron y se pusieron en marcha con él en hombros.

Juan Ramón se quedó mirando cómo se lo llevaban y pensó que aquéllos iban a Santa Rosa, allí donde estaba Lupe. Le entraron unos deseos locos de verla y, dirigiéndose a sus amigos, les dijo:

—¡Muchachos! Yo también me voy a Santa Rosa; horita traeremos a Lupe por las buenas o por las malas. ¿Queréis acompañarme?

Todos estuvieron de acuerdo en acompañar a su gran amigo Juan

Ramón y se pusieron en marcha inmediatamente.

La idea de regresar a Santa Rosa alegró a los jóvenes músicos que habían acompañado a Juan Ramón en su aventura para huir de los despotismos del patrón, pues el que más y el que menos tenía en el pueblo a su novia y el regreso representaba para cada uno de ellos poderle cantar una serenata, cosa mucho más agradable que actuar en el café, aunque allí se lo pagaran bien. Eran artistas de corazón y poco les importaba el dinero. Habían secundado la marcha de Juan Ramón por amistad y compañerismo, y ahora le acompañaban en el regreso todavía con más entusiasmo.

—Opino que haces muy bien, Juan Ramón, en volver a Santa Rosa.

—¿Por qué?—preguntó sorprendido el rancharo.

—Lupe se ha quedado allí; como tú sabes, don Luis estará rondándola todo el día... es preferible que tú no andes lejos.

—Tengo absoluta confianza en mi novia.

—Y puedes tenerla, pero ya sabes cómo las gasta tu expatrón. Cuando no puede conseguir algo a las buenas, lo logra a las malas. Tiene infinidad de gentes que le deben favores y todo el mundo se pone de su lado siempre que hay alguna discu-

sión. No te cuento nada nuevo, Juan Ramón, y si fui contigo a Pepa fué porque no creyeras que te abandonaba en un momento difícil para ti, pero no aprobé tu decisión dejando a Lupe en Santa Rosa y trabajando en la casa grande.

—No hubo manera de convencerla y yo no podía aguantar allí ni un minuto más. No creo que en tan poco tiempo haya podido el patrón hacerla variar de opinión. Lupe me quiere.

—No lo dudo, pero tienes un mal enemigo.

—Todos sabemos esto, y lo peor es que hay que aguantarle. Ahora mismo él se vale de las debilidades de don Pancho para prestarle dinero y más dinero para que así Lupe se vea obligada a aceptarle. Pero esto no me preocupa. Mi Lupe no es ninguna niña y no puede sufrir a don Luis.

—No conozco a nadie que simpatice con el patrón. ¡Es malo de verdad!

—Ella sabrá mantenerle en su lugar, y además ahora ya estaré allí de nuevo y verás cómo logro que Lupe se case conmigo en seguida y marcharemos de una vez para siempre.

Aunque Juan Ramón hablaba en tono muy firme y al parecer muy convencido de lo que decía, en lo más recóndito de su corazón ardía

una lucécita de duda. Llevaba tres días ausente, podían haber ocurrido muchas cosas. No quería pensar nada, pero la idea de que mientras él había estado lejos, don Luis hubiese disfrutado de absoluta libertad para hablar con Lupe siempre que se le hubiese antojado, atormentaba la imaginación del enamorado joven.

Las palabras de cariño que Lupe le había repetido una y mil veces acudían a su memoria y servían de bálsamo para calmar aquellas dudas, y para distraerse hablaba con sus compañeros de trabajo y de viaje, gastándoles bromas para aturdirse.

—Hay que templar bien las guitarras, Bernardo, porque esta noche quiero dar la mejor serenata de mi vida.

—Vamos a llegar cansados y no tocaremos bien.

—Nada, nada, ya recuperaremos fuerzas después en el almacén de Curro. En cuanto lleguemos nos apostamos a la ventana de mi Lupe y las mejores canciones, las notas más dulces han de ser para ella.

—Se hará lo que se pueda, amigo, ya sabes que nos gusta complacerte. Nos llevaste a Pepa y te seguimos. Nos mandas volver a Santa Rosa y vamos contigo. Ahora hay que cantarle a Lupe, pues aunque nos rinda la fatiga, allí se va y se canta, hasta que despierte la hermosa.

—¡Así son los buenos amigos!
—contestó alegre Juan Ramón.

Mientras duraba la conversación y la alegría todo marchaba bien, pero de nuevo reinaba el silencio entre los músicos y las ideas negras asaltaban al ranchero.

—Ya estará todo el rancho durmiendo cuando lleguemos observó Juan Ramón.

—Es preferible, así la sorpresa será mayor y mientras nosotros logramos que con nuestra música despierte Lupe, despertará también don Luis y verás el gustazo que lo da ver que has vuelto.

—¡Qué me importa!

—A ti no, a él le va a importar. Ahora que ya se creía que el campo estaba despejado.

—¡Muchas ilusiones se hizo, el mentecato!

—Te va a obligar a marchar de nuevo.

—No puede meterse conmigo. He dejado el rancho y él no manda en todo Méjico. A lo menos así lo creo yo.

—No manda en todo Méjico, pero sí en todo el rancho, y en cuanto sepa que estás en Santa Rosa él

buscará tres pies al gato para molestarte.

—¡Veremos quién puede más!

—Como poder, él puede más, y como te detesta a causa de que Lupe nunca le ha hecho el menor caso y está por ti, ya puedes contar que no cejará hasta que logre perderte.

Juan Ramón se echó a reír.

—Oye, Bernardo, el patrón ha cometido muchas barbaridades porque nunca ha encontrado a nadie que le dijera ¡basta!

—¿Y pretendes tú que ahora se lo vas a decir?

—¡Ya se lo dije antes de marchar! Si crees que yo me fui tranquilamente y no iba a verme más, ahora se dará cuenta de que andaba equivocado. Conmigo no se juega.

—Te va a dar mucho que hacer antes no termines con él.

—No pienso decirle nada mientras no se meta conmigo. Sólo voy para convencer a Lupe de que se case conmigo de una vez, y creo que lo conseguiré. Si su padre debe dinero a don Luis que se lo pague trabajando él. ¡Viejo gandul! ¡En mi vida he visto vago más grande que ese tipo!

—¡Lindo suegro vas a tener!

MUSICA A MEDIANOCHE

La distancia de Pepa a Santa Rosa, incluso andando, no era una gran jornada y a medianoche llegaron los amigos al pie de la ventana de Lupe.

Los músicos pulsaron sus guitarras y Juan Ramón se puso a cantar a su amor.

A las primeras notas Lupe creyó que estaba soñando, ya que le constaba que su Juan Ramón estaba en Pepa, pero a medida que la música y el cantor daban notas más altas, ya no le cupo la menor duda de que era objeto de una serenata por parte de su novio.

Estuvo escuchando un buen ratito para disfrutar del canto y, cuando comprendió que ya terminaban, abrió la ventana para saludarles.

—¡Baja, Lupe! — pidió Juan Ramón.

Al poco rato se abrió la puerta y apareció Lupe tan hermosa como siempre, vestida de casa y cubriéndose con un mantón de seda negro.

—¿Llegó ya tu padre, Lupe?

—Sí, hace un buen rato.

—¡Pobre don Pancho! ¿Cómo sigue?

—Mejor; en realidad él no tenía nada, un poco demasiado de vino, ya conoces a papá.

—Me dió pena encontrarle en el estado en que le hallé.

—Suerte suya fué el que te encontrara, Juan Ramón.

—Y tú, Lupe, ¿cómo lo has pasado?

La joven bajó la voz y, mirando recelosa a todas partes, dijo:

ASI SE QUIERE EN JALISCO

—Ya hablaremos de mí después. Háblame de ti, Juan Ramón. ¿Por qué has venido?

—¿Cielas, Lupe, que podía yo estar tranquilo en Pepa cuando sé que estás rodeada de peligros?

—Ya sabes que sé defenderme.

—Sí, lo sé y te tengo confianza, pero es mucho mejor que yo no esté tan lejos.

—Pero en cuanto se sepa que has regresado, don Luis se va a molestar contigo.

—Más molesto estoy yo con todo lo que viene haciendo él. Te obliga a trabajar en su casa para resarcirse de unos miserables pesos que prestó a tu padre, lo que hizo sólo para poder mandar sobre vosotros. No creas que fuera interés para salvaros de la ruina, muy al contrario, su afán es apoderarse de ti.

—Ya se ha dado cuenta de que pierde el tiempo.

—Pero insistirá un día y otro. Por esto yo estoy aquí nuevamente. Porque mientras yo viva, Lupe, el patrón no podrá contigo ni conmigo.

Hablaba Juan Ramón exaltado y su voz se oía a distancia en el silencio de la noche.

—¡No hables tan alto, Juan Ramón! Te oirán en todo el rancho.

—Sí es lo que yo quiero, que se enteren todos de que estoy aquí, de

regreso, para llevarte conmigo pese a quien pese.

—Buscas disgustos, Juan Ramón.

—¿Por qué has de estar tú sacrificada? Acabarás de pagar una deuda de tu padre y se encontrará metido en otra. No es justo que tengas que ser tú quien le saque de los apuros en que él se mete. ¡Si le hubieras visto esta tarde en Pepa! He corrido en su ayuda por ti, Lupe, sólo por ti, pues... bueno, es preferible no hablar de eso—dijo Juan Ramón al ver lo apenada que estaba Lupe.

—Mi padre es muy débil de carácter. No tiene voluntad, nunca la ha tenido.

—Tiene la suficiente para divertirse y beber un buen vaso de vino. Pero ya he dicho que no quería hablar de tu padre. Alégrate de que ya le tengáis en casa sano y bueno y de que yo también esté aquí.

—Sí, estoy contenta, Juan Ramón, pero temo por mañana.

—Si tú tomaras una decisión, supieras dejar todo esto y decir: me voy a casar y ahí va eso, la cosa se resolvería rápidamente, sin disgustos para nadie. He venido para convencerte y espero que no me defraudarás.

—No te esperaba y esta llegada inesperada me ha cogido de sorpresa.

—Lo creo, pero como que a lo que vengo lo sabes ya de memoria, decidirte ha de ser cosa de poco rato.

—¿No vas a suponer que he de marchar ahora mismo?

—Por mí, sí.

Sonrió Lupe a pesar suyo, pues estaba muy preocupada. Los tres días que había durado la ausencia de su novio habían sido muy difíciles para ella. Libre don Luis de la presencia del ranchero, que se oponía a sus planes, no había dejado a Lupe en paz un solo momento. Ella había sabido ahuyentarlo con buenas y malas maneras, pero era una lucha constante y difícil de aguantar.

Sentía deseos de contárselo todo a Juan Ramón, pero temía que tales noticias le exasperaran y se acabara de complicar la situación, harto complicada ya.

Esperaría a mañana para referirle cómo habían transcurrido aquellos días, y seguramente que con la luz del día se haría también la luz en la imaginación de Juan Ramón, que bien claramente se veía que estaba para tomar medidas enérgicas si Lupe se empeñaba en continuar en la casa grande para pagar la dichosa deuda de su padre.

—Mi Lupe está silenciosa—ob-

—¿Podía pensar en otra cosa?

te de lo que pasaba por la mente de Lupe.

—Es muy tarde para estar aquí platicando...

—Lupe, he andado millas por verte y no voy a dejarte en seguida.

—No sabes la alegría que me has proporcionado. Oír a tus músicos y oírte cantar... ¡Me ha parecido un sueño! Nunca supuse que volvieras tan pronto.

—Si no hubiese encontrado a tu padre no habría vuelto. Pero, verle a él y desear encontrarme en Santa Rosa y a tu lado, ha sido cosa de un instante. Nos hemos puesto en marcha inmediatamente. ¡Mi Lupe!

No contestó la muchacha a la demostración de cariño por parte de su novio y éste temió que ella le ocultara algo.

—Deberías ser franca conmigo, niña, y te observo callada y pensativa.

—Ya te he dicho que me ha sorprendido tu regreso.

—Pero ahora, ya pasada la sorpresa, podrías alegrarte y explicarme cómo has pasado estos tres días. ¿Has pensado en mí?

servó su novio, quien adivinaba par-

—En Pepa, yo no he vivido más que de tu recuerdo. Creó que había gente en el café donde trabajábamos, pero si me preguntas quién había no lo sé. Llegaba la hora de

cantar yo y salía en el centro de la sala. En aquel momento era feliz porque te cantaba a ti y no veía a nadie de los que me rodeaban. Terminaba mi número y oía a algunos que me felicitaban. Les agradecía aquellas palabras, pero poco me importaban. Mi pensamiento era: ¡si mi Lupe estuviera aquí! Mientras estaba así pensando, llegó a mi uno de los muchachos para decirme que allí estaba don Pancho. De repente creía que era una broma, pero al insistir corrí hacia él, pensando en ti, Lupe. Por un momento creí que había venido a traerme un mensaje tuyo pidiéndome que regresara. ¡Qué mensaje más distinto me dió! ¿Te ocurría a ti lo mismo?

—Sí, Juan Ramón, mi imaginación no se apartaba de ti un solo instante. Más de una vez deseé que no estuvieras tan lejos.

—¿Habrás sufrido mucho, mi Lupe?

No era posible disimular más, y la muchacha decidió explicarle los malos ratos que había pasado bajo la vigilancia afrentosa de su patrón, que la había perseguido constantemente.

—¡No sabes lo que he sufrido! El patrón vigilándome por todas partes.

—Pues esto tiene que terminar.

—Ya sabes que no puedo mar-

charme, conoces la situación de casa y el por qué trabajo en el rancho, no me hagas sufrir pidiéndome cosas imposibles.

—Es que yo no puedo consentir que sigas aquí.

El aspecto de Juan Ramón era el de un hombre que ya empezaba a perder la paciencia.

—Lupe, estoy loco de amor por ti, si no vienes soy capaz de cometer cualquier barbaridad. ¿Vienes conmigo ahora mismo?

—No voy ahora contigo, Juan Ramón. Yo sólo saldré de mi casa para ir contigo vestida de blanco para que un cura nos case...

Un ruido de pasos interrumpió a Lupe. Aparecieron cuatro hombres armados que se dirigieron a los novios.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó el que parecía ser el jefe.

—Venimos a dar una serenata a Lupe—contestó altivo Juan Ramón.

—¿No sabes que después de las nueve de la noche no se puede entrar en el rancho?

—No, no lo sabía. ¿A qué viene eso?

—Son nuevas órdenes del patrón.

—Ya comprendo, quiere saber quién anda por sus terrenos y os ha dado empleo de policías. ¡Estúpido!

—Debes marcharte, Juan Ramón,

no me convienen escándalos—suplicó Lupe.

—Me iré de aquí ahora por ti, porque me lo pides, pero te espero en el almacén de Curro, y si no vienes, escucha bien, Lupe, soy capaz de prender fuego al rancho.

—No hables así, Juan Ramón, ya sabes que no puedo venir. Te suplico que tengas paciencia y debes tenerla si me quieres de verdad.

—Ya te lo he dicho: si no vienes prenderé fuego al rancho.

Se puso en marcha Juan Ramón siguiendo a los guardianes sin haberse dado cuenta de que entre los árboles estaba Marcial, quien había oído toda la conversación.

Juan Ramón y sus amigos llegaron a la puerta del almacén y despertaron a Curro para que les dejara entrar. El andaluz, medio dormido, abrió la puerta al oír voces amigas y todos penetraron allí hablando y alborotando.

Los guardianes no entraron en el almacén y uno de ellos acompañó a Marcial a la casa grande, donde fueron a dar cuenta a don Luis de lo que ocurría en aquellos momentos.

—Con permiso, don Luis—dijo Marcial penetrando en la habitación seguido del guardián—, venimos a contarle algo que horita ha ocurrido.

—¿Alguna nueva trastada de Juan Ramón?—preguntó el patrón.

—Sí, en cuanto vimos quién traía al viejo don Pancho, ya supusimos que Juan Ramón no andaría lejos.

—¿Quién trajo al viejo?

—Nicanor, uno de los músicos que marcharon a Pepa con Juan Ramón.

—Y... ¿ahora qué ocurre?

—Pues puse guardia en el rancho y, efectivamente, a medianoche ha llegado el caritor para darle una serenata a la niña.

Don Luis frunció el ceño.

—Una vez que le han cantado, ella ha bajado al jardín para pela la pava, y cuando los guardianes le han preguntado qué es lo que hacía a esas horas de la noche rondando por el rancho, se ha insolentado amenazando con quemar el rancho si Lupe no se iba inmediatamente con él. Yo creo, patrón, que está borracho perdido.

—Está bien, Marcial; espera un poco.

Don Luis cruzó la habitación y se dirigió adonde tenía instalado el aparato telefónico.

—Haga el favor, central, comuníqueme con la policía.

La comunicación no fué tan rápida como la hubiese deseado el amo del rancho, pero al fin contestaron.

—Oiga, habla don Luis Alcánta-

ra, del rancho, me interesa que me manden unos hombres porque tendré necesidad de detener a alguien; que vengan inmediatamente.

La contestación fué satisfactoria y don Luis dió nuevas órdenes a Marcial.

—Este estúpido de Juan Ramón ahora se ha puesto en mis manos. El ha dicho que iba a quemar el rancho y de esto tenemos testigos, ¿no? Pues esta noche arderá el rancho y él será el culpable. Marcial, ocúpate de que alguien te avise de que Lupe la llama y se aprovecha el momento. Por cinco pesos encontrarás quien le avise. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, patrón.

Salió satisfecho Marcial de su gestión y corrió a cierta casa, donde despertó a un chiquillo a quien dió un recado muy sigilosamente.

Mientras tanto, en el almacén seguía la algazara y Chía, la cocinera, no había tardado en bajar para enterarse de lo que ocurría por allí.

Juan Ramón seguía furioso repitiendo a cada paso que quemaría el rancho si no aparecía Lupe.

—No tomes las cosas así, Juan Ramón—dijo Curro—, que las mujeres, finalmente, son...

—¿Qué son?—preguntó Chía en defensa de su sexo.

—Nada, sólo un encanto—dijo Curro variando la orientación de su

discurso—; cualquier día me voy a casar.

—¿Con quién?—preguntó ella solícita.

—¿Con quién ha de ser, gitanaza, sino contigo?

Chía dió un salto de alegría, pero no perdió la cabeza.

—¿Lo han oído todos?—preguntó.

—Sí, sí—contestaron los presentes.

—Pues ya lo sabes, Curro, tengo testigos de que te vas a casar conmigo, así es que no puedes volver atrás.

Curro puso los ojos en blanco.

—¿Ya lo habéis oído todos?—preguntó él.

—Sí, sí, lo hemos oído muy bien, Curro; ahora al matadero.

El muchacho con quien había hablado Marcial penetró en el almacén y se acercó a Juan Ramón.

—La Lupe dice que vayas a hablar con ella. Tiene algo que decirte.

Juan Ramón sintió que el corazón le saltaba de lugar y, sin decir nada a nadie, salió del almacén en busca de Lupe.

Marcial, que le vió salir, sonrió satisfecho.

—Ya ha caído en la trampa. ¡Pobre idiota!

La policía llegó adónde estaba Marcial y se escondieron por los al-

rededores para esperar la llegada de don Luis. Este no tardó en venir y seguido de los policías entró en el almacén.

—¡Quedan todos detenidos! —dijo el comandante.

—¿Dónde está Juan Ramón? —preguntó el patrón desconcertado, pues ignoraba los últimos movimientos de Marcial.

—Le han traído un recado, que suponemos era de Lupe—dijo uno de los muchachos.

Mientras tanto, Marcial se había dirigido al almacén donde guardaban la paja y vertiendo un poco de bencina le prendió fuego, logrando que ardiera rápidamente.

Juan Ramón había llegado hasta la puerta de la casa de Lupe, donde todo estaba a oscuras, y le dió en el corazón que había sido objeto de un engaño por parte de alguien. Inició el camino de regreso al almacén, pero al pasar ante el pajar vió las llamas y fué el primero en gritar:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Los gritos se oyeron de todas partes y se abrieron las ventanas de las casas, asomándose las gentes. Lupe oyó también algo extraño y quiso saber lo que ocurría. A los pocos momentos todo el rancho estaba en pie.

Los guardianes, Marcial y algún otro hombre que les había seguido repetían estas palabras.

—Hizo lo que dijo, está quemando el rancho.

—Lo repitió varias veces, estaba loco, furioso.

—Todos le oyeron.

—Hay que mandar detenerle —dijo don Luis, pues esto era lo que deseaba.

Juan Ramón apareció por el almacén y la policía se le echó encima.

—¡Queda detenido! —dijo el jefe.

—¿A qué viene esto? Yo no he prendido fuego al pajar.

—Todavía será capaz de negarlo —exclamó Marcial, fingiéndose el más indignado—. Te has cansado de decir que ibas a quemar el rancho si Lupe no te seguía.

—Juro que no lo hice—dijo Juan Ramón muy serio.

—Todos te han oído—dijo don Luis—, es inútil que pretendas negarlo ahora. Además, ya sabemos que al no ir Lupe contigo te ha exasperado.

—Repito que no he sido yo, patrón, y esto no quedará así, usted no conoce a Juan Ramón.

La policía empujó al preso hacia fuera y se lo llevaron dejando a todos comentando el caso.

El fuego fué sofocado inmediatamente, pero ya había cumplido su misión, que consistía en presentar a Juan Ramón como un peligroso in-

ASI SE QUIERE EN JALISCO

cendario ante los ojos de Lupe y de todo el poblado.

Los acontecimientos de aquella noche habían entristecido a Lupe. Le costaba mucho creer que su novio hubiese prendido fuego al rancho; pero, por otra parte, él lo había dicho y así había sucedido.

—¿Por qué lo habrá hecho?—se preguntaba la pobre Lupe.

Era difícil hallar una contestación.

El caso era que su novio estaba en la cárcel, acusado de un delito que todos habían presenciado y tenía como principal enemigo a don Luis, hombre que por su maldad e influencia y poderío podía atropellarlo todo.

No se le ocultaba a Lupe que la situación de Juan Ramón era de las peores y lamentaba que con su arrebatado se hubiese comprometido tan terriblemente.

LAS DECLARACIONES

UN abogado amigo de Juan Ramón fué por la mañana a visitarle a la cárcel y le hizo algunas preguntas para ver de tomar su defensa.

—¿Cómo cometiste tamaña barbaridad, Juan Ramón?

—Le juro que no lo hice. Me mandaron a Chencho con un recado de Lupe y ahora veo que todo sería cosa del patrón.

—¿Es posible?

—Claro que lo es. Salí del almacén creyendo que realmente Lupe me llamaba y al regresar, sin haber encontrado a nadie, vi fuego en el pajar. Si buscan a Chencho él lo podrá explicar, él dirá quién le mandó.

Un guardia se acercó a la reja.

—Juan Ramón Mirelles, ha de salir a declarar.

Salíó de la celda el preso y, custodiado por el guardia, se dirigieron a la sala de juicios.

Don Luis, que no perdía ocasión de ir acorralando a don Pancho y a los suyos, fué a visitar aquél, a quien no había visto desde su aventura en Pepa.

—Buenos días, don Pancho, ya me enteré de que le vaciaron en Pepa...

—Sí, sí—decía el viejo un tanto avergonzado.

—¿Cómo fué eso?

—Ni yo mismo me lo explico, no sé cómo fué...

—El caso es que usted se quedó sin dinero y ahora andará mal, ¿no? El viejo socarrón quería inspirar lástima y en realidad producía repugnancia, pero como que a don Luis

le convenía la situación misera de don Pancho, se felicitaba de que las harpias de Pepa le hubiesen vaciado la cartera.

—Voy a hacerle una proposición, don Pancho. Le entrego ahora mismo quinientos pesos, bajo una condición.

—Diga, diga, don Luis.

—No dejen que Lupe vea a Juan Ramón. No me conviene de ninguna manera que la niña vea a ese bandido que vino a quemar mi rancho.

Doña Pepa se había acercado y no quería acceder a la petición de don Luis, pero su marido ya estaba acariciando los billetes que aquél había dejado encima la mesa según su costumbre.

—Nosotros no forzaremos a la niña—dijo la madre.

—No se habla de eso. Ahora lo interesante es que no se vea con Juan Ramón.

—Bueno, bueno—dijo don Pancho—: se procurará darle satisfacción, don Luis; usted lo merece todo.

Consideró el patrón que los pesos estaban bien empleados y que todo marchaba tal como él deseaba.

En la sala de juicios se procedía al interrogatorio de Curro, quien sentía en el alma el apuro en que se encontraba Juan Ramón y en su consecuencia también Lupe.

Subió Curro a la berandilla y el

juez le dirigió varias preguntas que él hubiese dado un puñado de pesos por no tener que contestarlas.

—¿Oyó el declarante don Curro de la Torre que el interfecto dijo que iba a quemar el rancho?

Curro, muy azorado, miraba de uno a otro.

—¿Quién es el interfecto? ¿Yo?

—Conteste lo que se le pregunta y no haga usted preguntas. ¿Oyó la amenaza?

—Verá usted... como oírla, bueno...

—¿Conteste si la oyó o no la oyó?

—Es posible que la oyera, pero no creo que Juan Ramón quisiera quemar el rancho. ¿Pa qué?

—Firme aquí su declaración, Curro de la Torre, soltero.

—Zi, zi, zoltero.

—Puede retirarse. ¡Inocencio Hernández!

Se aguardaron unos instantes sin que apareciera ese testigo y se llamó a otro.

Juan Ramón, que estaba aguardando para prestar su declaración, exclamó:

—Convendría presentar testigos que no debieran favores a don Luis.

—El detenido no tiene derecho a hablar hasta que se le pregunte.

El juez miró algunos papeles y Juan Ramón aguardaba con paciencia, pero al fin volvió a hablar.

—¿Ha visto el señor juez cómo no ha comparecido Chenchó Hernández a declarar? Como que éste podría decir quién le dió recado para que me avisara a mí. ¿Por qué no vamos a Guadalajara a buscarle y que se explique?

—¡Que se calle el detenido!

—¡Soy inocente y no voy a consentir que se me castigue por un delito que no he cometido! Esto no es más que una intriga de don Luis para perderme y todos saben quién es don Luis.

—¡Llévenlo a la celda!—ordenó el juez.

No era necesaria esta escena para que Juan Ramón quedara convencido de que la justicia de Santa Rosa estaba en manos de don Luis, pues al no dejar que se presentara Chenchó Fernández, el que le había hecho salir del almacén con la excusa de que Lupe le llamaba, se veía bien claro que todo había estado tramado para encerrar al rancharo en la trampa en que ahora se encontraba.

No se desanimó Juan Ramón ante el curso de los acontecimientos, pues era bien conocedor de cómo andaban las cosas allí donde mandaba don Luis; pero que no fueran a creerse que él esperaba tranquilo a que le condenaran a unos años de cárcel por no haber hecho nada. Algún día sabrían quién era Juan Ramón, aun-

que demasiado bien lo sabía don Luis, pues por más que había hecho no había logrado conquistar a Lupe. Ni dinero, ni posición, habían conmovido a la muchacha, que estaba loca por aquel rancharo y no se podía negar que era el más apuesto de todo Santa Rosa. Por esto tenía interés don Luis en deshacerse de Juan Ramón, porque mientras Lupe lo tuviera cerca sería inútil conquistarla.

Don Luis se dirigió al almacén, donde tenía la seguridad de encontrar a Lupe y no se equivocó. Allí estaba la muchacha, pensativa porque ya se había enterado de que las cosas no marchaban del todo bien para su novio.

—Lupe, ¿estás pensativa?

—Sí, don Luis; no está el día para estar alegre.

—Porque tú quieres. No tienes motivos para estar triste tampoco.

Lupe tenía una mano en el bolsillo y estrujaba con ella unos billetes. Eran los últimos que su patrón había entregado a sus padres y ella estaba decidida a devolvérselos, fuese como fuese.

—Don Luis, usted insiste en creer que con su dinero va a conseguirlo todo y se equivoca. Mi corazón no se compra con dinero y ahora tengo en la mano, para devolvérselo, el que prestó a mis padres.

La noticia sorprendió a don Luis,

ASÍ SE QUIERE EN JALISCO

—¡Muchacha, tu padre lo necesita! Ya sabes que te vaciaron en Pepa...

—Sí, ya lo sé; pero cuando uno ya está arruinado como nosotros, no importa el deber más o menos. ¡Aquí tiene su dinero!

Lupe sacó los billetes del bolsillo ofreciéndoselos a su patrón. Este no adelantó la mano.

—No lo quiero dijo.

—Ni yo tampoco — agregó Lupe—. No quiero sus pesos, ni su cariño ni su corazón, ni nada suyo.

Lupe acompañó sus palabras con la acción de tirar los billetes al suelo y cayeron a los pies de don Luis.

—Me voy del rancho, patrón; después de lo ocurrido yo no quiero estar más aquí. Me iré a Pepa, o donde sea; aquí, jamás.

—Tú estás loca, muchacha. Pienso que el bandido de Juan Ramón intentó quemar el rancho, prendió fuego en la paja...

—¡Estoy segura de que él no lo hizo y no quiero oír más!

No esperó la respuesta de su patrón y salió muy decidida del almacén, dejando plantado a don Luis, quien a pesar de sus bravatas a veces se sentía tímido ante la valentía de Lupe. Se marchó por donde había venido para meditar sobre el nuevo fracaso que acababa de sufrir en manos de Lupe.

En cuanto Curro vió que el almacén dejaba de servir de balcón de Julieta para don Luis y Lupe, se apresuró a tomar posesión de su mostrador, y al poco rato apareció Chía para hablar un ratito con el que, para ella, ya era su novio oficial.

—Curro, Currito, me están terminando mis ropas de domingo...

—¿Para qué? — preguntó el andaluz.

—Toma, pues para casarnos.

—¿Casarnos? ¡Casarte, querrás decir! ¿Quién es el interfecto?

—¡Tú! — contestó Chía muy convencida.

—¿El interfecto soy yo?

La cara de ignorancia que presentaba Curro exasperaba a Chía y no pudo contenerse.

—Lo dijiste ante todo el mundo ayer noche. Dijiste que te casarías conmigo, hay testigos.

La situación era un poco difícil para Curro, pero ya que estaba perdido quería hacer rabiar un poco a Chía.

—Perdóname, pero no lo recuerdo.

—Antes de que se supiera que había fuego en el pajar, cuando todos estaban aquí dijiste que ibas a casarte conmigo y yo pedí a los muchachos que sirvieran de testigos.

—Bueno, pues si es así y no ten-

go salida posible, me lo recuerdas el día treinta.

—El día treinta, ¿cuándo es? —preguntó Chia.

—No lo sé—contestó Curro—, sólo sé que estamos en febrero.

Acompañó Curro esta gracia con una sonora carcajada, pero no fué él el último en reír, porque Chia, indignada, cogió una jarra de tierra y se la arrojó a la cabeza con toda su fuerza.

SE ABREN LAS PUERTAS DE LA CARCEL

DESDE el momento en que Juan Ramón estuvo de nuevo encerrado en la celda no tuvo más idea que la de salir de allí e ir en busca de Chencho Hernández para que contara quién le había mandado darle aquel recado.

Lupe tenía deseos de hablar con su novio para saber qué era lo que pensaba hacer, y dirigiéndose a la cárcel pidió a uno de los guardianes que la dejara ver a su novio.

—No se puede hacer esto, Lupe —dijo el guardia.

—Te aseguro que sólo serán dos palabras, no te voy a comprometer. Accedió el policía, porque era muy difícil no complacer a la pobre muchacha en su apuro.

—Sígueme, Lupe.

Recorrieron los oscuros corredores de aquella cárcel infecta, a la que sólo iban a parar los que caían en desgracia ante don Luis, y al llegar ante una celda en la que se veía a Juan Ramón sentado con la cabeza entre las manos, meditando algún plan, hicieron alto.

—Juan Ramón, tienes una visita. Levantó la cabeza el preso y en su semblante se reflejó la alegría.

—¡Lupe, mi amor! ¿Cómo has podido llegar hasta aquí?

—Sólo puedo estar un momento, pero he querido venir para que veas que no creo nada de lo que dicen de ti.

El guardián era hombre de buen corazón, y abriendo la celda dejó

que saliera Juan Ramón para que pudiera abrazar a su novia.

—No temas, Lupe, que no me va a pasar nada. Soy inocente del todo y lo podré probar.

—¿Tú crees?

—Sí. Hay que ir a Guadalajara y traer a Chenchó Hernández. Este hablará y don Luis quedará como un cerdo.

—Pero es que yo temo que habrán hecho desaparecer a Chenchó, mandándole más lejos.

—De momento sólo se me ocurre que pueda estar en Guadalajara, y si no está allí, se le encontrará en otra parte. No es posible que se castigue a una persona que nada ha hecho. No llores, mi Lupe, ya verás qué pronto se arregla todo y nos vamos para siempre de Santa Rosa.

—¡Ojalá fuera así, Juan Ramón!

—Seca esas lágrimas, Lupe, y no hagas caso a nadie. Tú ten confianza en mí.

—La tengo en absoluto, pero don Luis es tan poderoso.

—Torres más altas cayeron.

—¡Que Dios te escuche, mi amor!

El guardián se acercó de nuevo.

—Yo creo que ya os habréis dicho todo lo que habíais de deciros...

—Sí, sí, ya me voy. ¡Adiós, Juan Ramón!

—Lupe, mi Lupe, pide a la Vir-

gencita por mí que todo me vaya bien. ¡Adiós, Lupe, hasta muy pronto!

—¡Mañana volveré, adiós!

Entró de nuevo Juan Ramón en la celda, corrió la cerradura el guardián y luego acompañó a Lupe hasta la puerta.

—Gracias, muchacho, te has portado muy bien.

—Ya sabes, Lupe, que si en algo os puedo servir a ti y a Juan Ramón...

—Muchas gracias, adiós.

Cuando de nuevo quedó solo Juan Ramón, sintió más deseos todavía de llevar adelante su plan que no había sentido antes de la entrevista con su novia. Las pocas palabras que cambió con ella le dieron ánimos y tomó una decisión rápida.

La fuerza hercúlea del ranchero vino en su ayuda y romper los barrotes de su celda no fué para él un gran esfuerzo. Una vez se vió libre se procuró un caballo y a galope tendido marchó a Guadalajara, seguro de encontrar a Chenchó. El camino era largo, pero montaba un animal bueno y sabía que no tardaría mucho en llegar a su destino. Antes de que los guardianes se dieran cuenta de su huida, él estaría de regreso trayendo a Chenchó consigo.

Poco podía imaginarse Lupe que

su Juan Ramón ya se había puesto a sí mismo en libertad y que iba en busca de la única persona que podía probar su inocencia.

Para no perder el tiempo, don Luis se dirigió a casa de don Pancho con el fin de obtener la autorización de los padres de Lupe para él poderla ver y hablarla siempre que quisiera y especialmente para suplicarles que no la dejaran marchar como ella había amenazado.

La presencia de don Luis ya constituía una pesadilla para doña Pepa, pero venía de perlas a don Pancho, quien pensaba que siempre se le podía sacar algo a un hombre de tanta posición... No comprendía don Pancho la testarudez de su hija no haciendo caso a un hombre que tenía tanto dinero.

—¿Don Luis, de nuevo por aquí?
—dijo doña Pepa.

—Sí, he venido para hablarles de Lupe. Está encaprichada con ese Juan Ramón, que no saldrá de la cárcel en muchos años, y eso a ella no le conviene.

—No, no, claro que no —decía don Pancho, quien ya se imaginaba instalado en la casa grande en calidad de suegro.

—Yo quiero a Lupe, ustedes ya lo saben.

No pudo reprimir don Pancho una

sonrisa de satisfacción al oír la declaración del patrón.

—Pues muy bien, don Luis; soy el padre de la muchacha y esto lo arreglo yo.

La madre estaba escuchando y creyó conveniente intervenir.

—Pancho, eso es cosa de la niña; yo soy su madre y he de decir lo que pienso.

—Hable usted, doña Pepa—dijo don Luis, muy deferente con su futura suegra.

—Pues yo quería decir... que nosotros estamos dispuestos a ayudar a usted en eso de Lupe, pero si la niña no le quiere... no la vamos a forzar.

Don Luis se dió cuenta en seguida de que doña Pepa estaba contra él, aunque lo disimulaba muy bien. Convenía adoptar una buena táctica con la madre, de lo contrario sería imposible que nadie convenciera a Lupe.

—Háblenle ustedes, háganle ver que mi proposición le conviene, que ella viene obligada a proporcionar a ustedes una vejez tranquila...

—Sí, sí, claro—decía don Pancho, a pesar de que a tranquilo no había quien le ganara.

Mientras tanto, Juan Ramón iba adelantando camino y pronto llegaría donde se había propuesto. No confiaba en poder regresar aquel

— mismo día, pero por poco que pudiera se lo encontrarían de nuevo en Santa Rosa y podría hacer callar a don Luis y desenmascararle ante todos.

— ¿Está Lupe en casa? — preguntó don Luis.

— Sí — contestó la madre.

— Yo voy a hablarle — dijo su padre.

Se levantó de donde estaba cómodamente sentado y se dirigió a la habitación donde se hallaba Lupe, quien ya sabía la visita que había en la casa.

— Lupe, hija mía...

— ¿Qué ocurre, papá?

— Allí está don Luis.

Lupe se encogió de hombros.

— Ha venido para hablarnos de ti.

— No comprendo qué es lo que tiene que decirles. Estoy cansada de rechazarle.

— No debes hacer esto, niña. Don Luis es muy bueno, te tiene mucha voluntad...

— ¡Demasiada!

— Te aconsejo que le escuches, no debes pensar más en Juan Ramón, ya ves que se ha perdido para siempre.

— Le han perdido, pero el asunto no está terminado todavía.

— Hay que olvidarlo, no sacarás nada de estar pensando en un hombre que tiene años de cárcel.

— Padre, es inútil cuanto me diga. Sé que sólo quiero a Juan Ramón y detesto a don Luis.

— Pero debes oírle, es el patrón.

— De esto se vale.

— Está allí con la madre, no le hagas esperar.

— Para lo que tengo que decirle, pronto estará lista; puede esperar un rato. No he sido yo quien le ha mandado venir.

— Lupe, hija mía, tú no quieres a tus padres. Podrías hacer nuestra felicidad, piensa en lo que representa para nosotros pasar una vez tranquila...

Lupe escuchaba los razonamientos de su padre que sabía perfectamente que no eran originales y casi le hacía gracia oírle.

— Ven a hablar con don Luis, Lupita, escúchale y resuelve.

— Le escucharé y resolveré lo que crea más conveniente.

Padre e hija se dirigieron al comedor, donde se hallaba don Luis hablando con doña Pepa.

Los padres se retiraron, dejando solos a Lupe y don Luis.

— ¡Usted dirá! — dijo Lupe muy seria.

— Muy pronto te lo diré. ¿Te quiero?

La declaración no inmutó a la joven.

—Se equivoca, don Luis, usted sólo está encaprichado.

—Tú te equivocas, te quiero de todo corazón, como jamás he querido en la vida.

—He de repetirle que es una ilusión que usted se hace y más que quererme a mí quiero quitarme de Juan Ramón.

—¿Cómo puedes pensar en ese perdido?

—¡Por favor, don Luis, cuidado con lo que diga! Usted sabe cómo quiero a Juan Ramón.

No había venido don Luis a enterarse del cariño de Lupe para Juan Ramón, que demasiado le constaba.

—Quien está encaprichada eres tú y desprecias mi cariño para un hombre que no merece el tuyo y que nunca podrá casarse contigo.

—Es igual. Le seguiré amando.

—Esto es imposible. Cuando te convenzas de que han de pasar años antes no recobre la libertad, te sabrá mal haber rechazado el afecto sincero de un hombre como yo, que está dispuesto a darlo todo por ti... Lupe, te quiero...

—¿Cómo he de decirle que todo cuanto diga usted no me conmueve? No creo en todo ese afecto de que habla.

—Lupe, no pienses más en Juan Ramón.

—¿Por qué me pide usted una cosa imposible? Si es que he de llegar a olvidar a mi amor, a mi Juan Ramón, no sé cuándo será, pero nunca ahora, en estos instantes en que se encuentra falsamente acusado de un delito que usted sabe que no ha cometido.

—Lupe, no he venido a discutir esto. Juan Ramón está en manos de la justicia y a ella le toca decidir. Seamos felices, que bien podemos.

—No veo en usted esa felicidad.

—Lupe, cástate conmigo y deja a Juan Ramón.

Era la primera vez que don Luis hablaba de casamiento. Muchas veces le había dicho que la quería, pero no había pronunciado para nada la palabra casamiento.

—Leo en tus ojos lo que estás pensando, Lupe. ¿Te casarás conmigo?

—No, aunque he de agradecerle me pidiera en matrimonio, pero he de repetirle una vez más que quiero a Juan Ramón, pobre o rico en libertad o en la cárcel.

En el almacén recibieron una llamada telefónica para don Luis, pues no se le hallaba en su casa.

—Llama la policía—dijo Curro a Chla.

—Don Luis ha ido a casa de Lupe.

—Pues va a avisarle que la poli-

cía dice que Juan Ramón ha huido de la cárcel.

—¡Válgame Dios! — exclamó la cocinera. ¡Sólo nos faltaba esto!

—¡Anda, Chía! Avisale, que se pondrá loco de alegría—dijo Curro.

—¡Ya verás cómo se pondrá! Como veinte mil diablos!

Salió Chía en busca de su patrón, al que halló en casa de Lupe platicando con ésta y tratando de convencerla sin conseguirlo.

—Don Luis—dijo Chía con cara compungida.

—¿Qué ocurre, Chía?—preguntó el amo.

—Han hablado de la policía...

—¿Qué han dicho? ¿Otro fuego?

—No, no es nada de fuego...

—¿Pues de qué se trata?

—Han dicho, han avisado que...

—¡Habla mujer, me estás impacientando!

—¡Han dicho... que Juan Ramón habla huido de la cárcel!

Don Luis palideció de ira.

—¿Están seguros?

—No se lo hemos preguntado, pero cuando lo avisan...

—Lupe, perdona; volveré más tarde.

—No es necesario, siempre le contestaré igual y ahora todavía más, ahora que Juan Ramón ya está en libertad.

—¡Veremos cuánto dura esta libertad!

Salió don Luis de la casa mucho menos esperanzado de lo que había entrado en ella.

No había contado el patrón con tanta audacia por parte del ranchero, y si conseguía poder echarle mano otra vez todavía sería peor para él, ya que el hecho de haber huido era un nuevo delito que agregaba al ya cometido.

Se dirigió a su casa don Luis y se puso en contacto inmediatamente con la cárcel y la policía.

—No me explico, señor comandante, cómo ha podido ocurrir eso. ¿Es que no hay guardia en la prisión?

—Usted verá, don Luis, ¿quién iba a imaginarse que Juan Ramón intentara semejante locura?

—Todo preso piensa sólo en evadirse y debieron de haberle vigilado como tipo muy peligroso. Ya sabemos todos lo que es un incendiario. La culpa es de ustedes, pero de esto ya se hablará más tarde...

—Crea, don Luis, que por nuestra parte...

—Ya le he dicho, comandante, que esto ahora no es lo más interesante. Lo que urge es que salgan sus gentes de inmediato para ver de encontrar al fugitivo, quien por otra

parte no puede andar muy lejos. Que salgan cuantas patrullas sea necesario y cuando lo detengan de nuevo me lo traen a mí. ¿Entendido?

—Muy bien, don Luis, muy bien.

—Que no tenga que echarle de nuevo en cara que no ha sabido cumplir con su deber, señor comandante.

Las órdenes de don Luis en Santa Rosa equivalían a leyes, así es que en cuanto el comandante colgó el aparato puso en movimiento a todo su personal.

El teléfono interrumpió al oficial mientras estaba distribuyendo las patrullas.

—¿Quién habla?

—Aquí don Luis... recuerdo que se me dijo que Juan Ramón había sugerido que se fuera a Guadalajara a buscar a Chenchó Hernández para hacerle declarar a su favor, así es que la pista más segura está camino de Guadalajara. Mande algunos por allí y verá cómo dan con él; pero no pierdan tiempo.

—Muy bien, don Luis, muy bien.

Lupe vio como salían las patrullas en una y otra dirección y temió con razón que no tardarían mucho en encontrar a su novio. Ella sabía que había ido a Guadalajara porque se lo dió a entender por la mañana cuando le había visitado en la pri-

sión. Además, Juan Ramón pensaba volver a Santa Rosa para afeár la conducta de don Luis, demostrando a todos que quien había incendiado el pajar era uno de los esbirros del patrón; pero aunque pudiera hacer todo esto Lupe temía, y no sin fundamento, que el amo saldría con la suya y le metería de nuevo en la cárcel, porque nadie se atrevía a llevar la contraria al patrón. Sólo ella y su novio se habían puesto en contra del amo y ya se veía cómo la estaban pasando.

Transcurrieron algunas horas y no regresaban las patrullas ni tampoco aparecía Juan Ramón. Todo Santa Rosa estaba curioso para ver cómo acabaría el pleito que se había entablado con el amo del rancho y uno de los rancheros. En el fondo todos deseaban que don Luis perdiera la partida, pero nadie se atrevía a opinar en voz alta.

Por fin al atardecer regresaron unos soldados diciendo que no habían encontrado rastro de Juan Ramón. Lupe sintió que se le aliviaba el peso que sentía en el corazón. ¿Habría tomado alguna otra dirección en lugar de dirigirse a Guadalajara? Para saber de dónde venían los soldados, Lupe se acercó a uno para interrogarle.

—¿Habéis estado en Guadalajara vosotros?

—No, nosotros hemos ido a Pepa.

Mala noticia para Lupe, pues ya sabía que no estaba en Pepa su novio. Para poder estar tranquila era necesario que volvieran los que habían salido en dirección a Guadalajara y éstos no habían regresado aún.

¡Cómo tardaban en pasar las horas para Lupe! También don Luis se comía las uñas nerviosamente, temiendo que la presa se hubiera escapado de sus manos.

Tuvo intención de pedir a las autoridades de Pepa y Guadalajara que hicieran salir sus fuerzas en persecución del fugitivo, pero por un instante sintió un ligero remordimiento. Nadie mejor que él sabía que Juan Ramón era inocente. Creyó conveniente esperar que la tarde terminara antes de tomar nuevas medidas.

A puesta de sol la villa de Santa Rosa se estremeció de angustia. La patrulla que había ido a Guadalajara regresaba con Juan Ramón preso de nuevo entre los soldados. Lupe fue de las primeras en saber la noticia y salió a la plazuela para verles llegar.

Era verdad. Allí estaba Juan Ramón, maltrecho, rendido, entre dos escopeteros.

—¿Adónde le llevan? —pensó Lupe.

Pronto vio la dirección que tomaban y ésta era hacia la casa grande.

Sin temor a comprometerse, Lupe corrió al lado de su novio.

—¡Juan Ramón! —exclamó.

Sonrió éste de satisfacción al ver la valentía de su novia corriendo a su lado en aquellos momentos tan terribles para él.

Apartó Lupe a uno de los soldados y cogió el brazo de Juan Ramón para llegar juntos adonde fuese que le llevaran.

Todo el pueblo había seguido al preso y también don Pancho y su esposa se introdujeron entre la multitud, penetrando en casa de don Luis.

Sonrió de satisfacción el amo al ver llegar al fugitivo, si bien la presencia de Lupe junto a su novio le molestó grandemente.

—Don Luis, aquí lo tiene usted! —dijo el comandante.

—¿Dónde le han encontrado?

—En Guadalajara.

—Se lo dije a ustedes, Juan Ramón, llevas las de perder y esta escapatoria será en contra tuya. Hiciste lo peor que podías haber hecho.

—¿Lo llevamos de nuevo a la cárcel, don Luis? —preguntó el comandante.

Todos los que estaban presentes

se dieron cuenta de que el desgraciado que caía en el disfavor de don Luis estaba perdido para siempre y Lupe fué la primera en estremecerse ante lo que esperaba a su novio.

—¡Llévenselo a la cárcel!—ordenó el amo.

Juan Ramón había permanecido silencioso todo el rato, dejando que el patrón se despathara a su gusto.

—¡Sigame!—dijo el comandante.

Lupe continuaba junto a Juan Ramón y ésta la tenía cogida por la cintura. Los dos novios estaban custodiados por una pareja de soldados.

—Un momento, comandante—dijo Juan Ramón—. Esta mañana no me han dejado declarar, pero ahora voy a hablar claro.

El soldado miró a don Luis, interrogándole con la mirada para saber si debía dejar hablar a Juan Ramón o no. El patrón miraba al suelo y el comandante no obtuvo la información que esperaba. Juan Ramón, en voz alta y decidida, dijo:

—Soy del todo inocente de la fechoría que se me acusa. Es verdad que dije que quemaría el rancho, pero no lo hice y esto bien lo saben don Luis y Marcial, sólo quieren perderme para separarme de Lupe... y no lo conseguirán.

A medida que Juan Ramón hablaba acercaba más hacia sí a Lupe, que escuchaba ansiosa el resultado

del desplante de su novio, temiendo a cada instante una explosión de ira de don Luis.

—No se me puede encerrar por una falta que no he cometido. ¿Dónde está la justicia de Santa Rosa?—gritaba Juan Ramón.

Don Luis sentía que todos los que allí oían a Juan Ramón le creían sincero y por un instante, como todos los cobardes, sintió miedo ante las ciertas acusaciones de su ranchero. La figura de Lupe con las lágrimas en los ojos, abrazada a su novio, conmovió aquella vibora, pero le costaba un esfuerzo darse por vencido. Mientras tanto, Juan Ramón iba exaltándose ante el silencio de don Luis.

—He huido de la cárcel una vez y huiré tantas veces como intenten encerrarme, porque la prisión es para los malvados, no para los que no hemos hecho nada.

Don Luis levantó la cabeza para bajarla de nuevo y murmurar con voz entrecortada:

—¡Déjele en libertad, comandante! Yo mandé prender fuego en el pajar.

La declaración fué sensacional. Lupe se separó de Juan Ramón. No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Es posible, don Luis?—dijo la muchacha.

—Sí, Lupe, estaba ciego por ti y

me llevaste a hacer todas estas cosas, pero ahora me doy cuenta de que cuando el amor es como el nuestro no hay fuerza que lo pueda destruir. Juan Ramón, dame la mano y perdóname.

Los ultrajes a Juan Ramón habían sido muchos y éste no estaba del todo convencido de la sinceridad del patrón, por lo que se resistió a darle la mano.

—Te juro que no volveré a molestaros en mi vida. Yo también quería a Lupe, pero ya comprendo que no ha de ser para mí. Llévatela en horabuena y que seáis muy felices.

—Perdónale, Juan Ramón —dijo Lupe.

—Si tú lo quieres, le perdono.

Se acercó don Luis a los novios con aspecto muy distinto al que había tenido antes cuando con ellos trataba y una vez más extendió su mano al ranchero.

—Es de cristianos perdonar—dijo Juan Ramón—, y como horita mismo me llevo a Lupe para casarme con ella, queda perdonado, patrón, y que jamás vuelva usted a mirarse a mi Lupe.

Estrechó el amo la mano a los dos novios y a ellos se acercaron también don Pancho y doña Pepe para abrazar a su hija.

—¡Nos vamos, nos vamos—dijo Juan Ramón—, ahí fuera está mi caballo!

Montó el ranchero y luego subió Lupe, sentándose en la parte delantera de la montura. Juan Ramón sujetaba las bridas con una mano y con otra a su novia.

—¡Adiós, adiós!—gritaron todos los que les despedían.

La pareja se alejó de allí cantando:

Los amores en Jalisco...
nada más los rompe Dios.

No haría un cuarto de hora que Lupe y Juan Ramón habían marchado de Santa Rosa, que en la plazuela del pueblo se hallaba ya el viejo cantante templando su citara para dedicarles uno de sus romances.

Las notas monótonas se dejaron oír y poco después la letrilla improvisada, que decía:

Está alegre todo el rancho...
Está alegre todo el rancho,
y todo mi pecho ensancho
para trovar con valor...
La Lupe se va del rancho,
también se va Juan Ramón.
La Lupe se va del rancho
pero se va con su amor...

FIN

LA CLASICA NOVELA CINEMATOGRAFICA

(150.000 letras de texto)

BIBLIOTECA CINE NACIONAL 2 ptas.

¡No quiero!... ¡No quiero!...	José Baviera
Ud. tiene ojos de mujer fatal	R. de Sentmenat
Eran tres hermanas	Luisita Gargallo
Bohemia	Emilia Allaga
Don Floripondio	Valeriano León
Los hijos de la noche	Miguel Ligeró
La última falla	Miguel Ligeró
Martingala	Néstor Marchena
Báptismo usted	Celia Gámez
Tierra y cielo	Manuchi Fresno
¡Al-al-al!	Inda del Val
¿Quién me compra un fin?	Maruía Tomás
Rinconcito madrileño	P. G. Velázquez
La reina mora	Pedro Terol
Maria de la O	Carmen Amaya
Alas de paz	Lyt Vailot

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 ptas.

La arlesiana	Raimu
Marius	Richard Dix
Manchuria	Clara Swenson
Indiscreta	Brigitte Helm
Una de nosotras	Diana Karenne
El collar de la reina	Camilla Horn
Moral y amor	Cary Grant
Casino del mar	M. Chevalier
El caballero del Folio	E. G. Robinson
Pasaporte a la fama	Carmen Guerrero
Maria Elena (Flor de fuego)	Wynne Gibson
El sobre lacrado	Charles Collins
El bailarín pirata	Astaire + Rogers
Sigamos la Nota	Lil Dagover
Mamá en casa	Robert Taylor
Melodía Broadway 1938	Gene Raymond
Apuesta de amor	Warren William
La vuelta de A. Lupin	Gino Cervi
Háctor Hieramosca	Lili Pons
El mundo a sus pies	A. Nazari
Sequitada en vida	K. Hepburn
Damas del teatro	Zasu Pitts
El detective y su com- pañera	Joan Fontaine
Señorita en desgracia	Kate de Nagy
Una aventura de la Pom- padour	Boris Karloff
El poder invisible	Willy Birgel
Melodía rota	Ann Sothern
Cupido sin memoria	Paula Wessely
Maria, Honz	Clive Brook
El caso Varez	Joan Fontaine
La quimera de Holly- wood	Hains Ruhman
Los tres vagabundos	

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 ptas.

El rey soldado	Emil Jannings
El malvado Carabel	Antonio Vico
El doctor Arrowsmith	Ronald Colman
El cardenal Richelieu	George Arliss

BIBLIOTECA CINE NACIONAL (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Carmen la de Triana	I. Argentine
Melodía de arrabal	Argentina Gerdol
La Millona	R. de Sentmenat
El sobre lacrado	Luisita Gargallo
Suspiros de España	Miguel Ligeró
El alifunto es un vivo	Antonio Vico
Rumbo al Cairo	Miguel Ligeró
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Molinos de viento	Pedro Terol
La alegría de la huerta	Flore Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
El crimen de medianoche	Ramón Pereda
Sol de Valencia	Maruía Gámez
Misterio en la mariama	Tony D'Algy
Rosas de acero	M. F. Ladrón G.
La patria chica	Estrellita Castro
La chica del gato	Isita Hernán
Un enredo de familia	Mercédes Vecino
La culpa del otro	Luis Prendes
Fin de curso	Luchin Sorp
Mi enemigo y yo	Luis Prendes
Y tú ¿quién eres?	Olivio Guzmán
Una mujer en un taxi	Silvia Morgan
Una herencia en París	F. Bécquer
Empezó en boda	Sara Montiel

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Sabó «Tommy» de los Elefantes	Michael Redgrave
Tú cambiarás de vida	Danielle Darrieux
Una chica insoportable	Ann Harding
Mortal sugestión	Dolores del Río
Acusada	Judy Kelly
El misterio de Villa Rosa	Greta Gyn
Albergue nocturno	Claude Barghon
Las dos niñas de París	Lil Dagover
¿Es mi hijo?	
Las vacaciones del jún- Harvey	Mickey Rooney
La última cruzada	Cary Grant
Margarita Gautier	C. Garbo + Taylor
Forja de hombres	Mickey Rooney
Rain el manto de la no- che	Edmund Lowe
El pequeño lord	F. Bartholomew
El asesino invisible	Walter Abel
Alarma en el expreso	Michael Redgrave
Los dos pilotes	Jacques Taviel
Pygmalion	Leslie Howard

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Cuidado con lo que ha-	Michael Redgrave
cen.	Paul Lukas
Por la dama y el honor	Carole Lombard
El día que me quieras	K. Hepburn
Maria Estuardo	Cecil De Mille
Lo prefiero millonario	James Cagney
Los polígrafos de la gloria	Ann Southern
La bella rebelde	Don Ameche
Rescando fama	Jerry Lewis
Una mujer imposible	Victor Francen
El hombre del Níger	Hugh Sinclair
Extraños en luna de miel	Carole Lombard
Fruto dorado	Mickey Rooney
Andrés Harvey, tenorio	Armando Falconi
El secreto del marqués	Ana Nícoli
Irón.	Francis Tone
Una hora en blanco	Charles Boyer
La batalla	F. B. Fennell
La familia Robinson	Craig L. Ball
El valle del sol	A. Moreno
Quien conquista es la	M. Hopkins
mujer	Menjou P. Neuf
Casados sin cosa	Greta Garbo
La mujer de las dos ca-	L. MacDonald
ras	Joan Crawford
Luna llena	Fredrich March
La hora radiante	Joan Crawford
El signo de la cruz	Joan Fontaine
Cuando ellas se encuen-	Joan Arthur
tran	Anne Shirley
El rapto de Laura	Lupe Vélez
Una chica se divierte	Victor MacLaglen
El Club 400	Fernando J. J.
Una mujer endiablada	Ronald Colman
La vuelta del Rana. Ba-	Diana Durbin
zada en la novela de	William Holden
Edgar Wallace	Ch. Laughlin
El gran jefe	Diana Barrimore
Cuando los hijos se van	Joan Arthur
Otra vez más	Diana Durbin
La hermanita del ma-	Isa Miranda
yordomo	C. Colbert
Juventud ambiciosa	
El sospechoso	
Matrimonio de inconven-	
iencia	
Una chica afortunada	
La dama del tren	
Documento Z. 3	
Zash	

Nueva serie 3 ptas.

Olivia	K. Hepburn
El duque de West Point	Joan Fontaine
El nuevo Zorro	John Carrar
Rutas infernales	John Wayne
Hombres intrépidos	John Wayne
Kit Carson	John Hall
La ruta del Este	John Hall
¿Crimen o suicidio?	Paul Kelly
¿Qué tipo es Michoa-	
cán?	Tito Guizar

Serie especial 3'50 ptas.

Cuando quieras un maxi-	
cano	Jorge Negrete
Así se quiere en Jalisco	Jorge Negrete
Diego Bandurri	Jorge Negrete
Perjuza	Jorge Negrete
Jorge Negrete (Biogra-	
fía)	
La cámara diabólica (1.ª	Flash Gordon
parte)	
El rayo de la muerte	Flash Gordon
(2.ª parte)	
La Dulcorosa	Arturo Cordero
Tarzán de las flores	Buster Crabbe
La madrina del diablo	Jorge Negrete
Sargento York	Cary Cooper
Seda, sangre y sol	Jorge Negrete
Una carta de amor	Jorge Negrete
Una mujer internacional	George Brent
El novio está loco	Dennis O'Keefe
¡Ay Jalisco, no te vaies!	Jorge Negrete
También somos seres	
humanos	Burgess Meredith
La venganza de Lagar-	
dere	Jorge Negrete
Comino de sacramento	Jorge Negrete
Destino	Ingrid Bergman
Extraña mujer	Hedy Lamarr
La dama de la frontera	Yvonne de Carlo

SELECCION BIBLIOTECA FILMS

1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligero
La Parrala	María Tomás
Verbená	María Tomás
Rosa de África	Tomás - Medina
Noche de engaño	A. Nezzari
Cautivo del deseo	Leslie Howard
Flas de oro y progra-	
mas de Albalcin	Gracia de Triana
Tú Regaras	Roberto Rey
Buenas noches	María L. Girona
Otoso	Roberto Rey

BIOGRAFIAS DEL CINEMA

1'25 ptas.

Imperio Argentino	
Miguel Ligero	
Estrellita Castro	
Alfredo Mayo	
Melvyn Douglas	
Manuel Luna	
Antonio Vico	
James Stewart	
Charles Boyer (Su vida,	
triumfos y anécdotas)	

CELEBRIDADES DEL CINEMA

75 cts.

Charles Boyer (Colo-	
ción de 3 postales)	



1924 - 1948

¡¡ Acontecimiento !!

Conmemoración literaria del XXV aniversario
de **BIBLIOTECA FILMS**
con la publicación de

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Rafael RIVELLES

Sarita MONTIEL

Juan CALVO

del príncipe de las letras hispanas
Miguel de Cervantes Saavedra

Alarde artístico de la
cinematografía nacional

Producción **CIFESA**

Precio: **4 Ptas.**

3'50 Ptas.

200.000 letras, 88 páginas de texto
y 16 fotografías ilustran este volumen